

La necrópolis orientalizante de  
la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)

COLECCIÓN SPAL MONOGRAFÍAS ARQUEOLOGÍA

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Ferrer Albelda, Eduardo

CONSEJO DE REDACIÓN

Álvarez Martí-Aguilar, Manuel. Universidad de Málaga

Álvarez-Ossorio Rivas, Alfonso. Universidad de Sevilla

Belén Deamos, María. Universidad de Sevilla

Beltrán Fortes, José. Universidad de Sevilla

Ferrer Albelda, Eduardo. Universidad de Sevilla

Garriguet Mata, José Antonio. Universidad de Córdoba

Gavilán Ceballos, Beatriz. Universidad de Huelva

Oria Segura, Mercedes. Universidad de Sevilla

Pereira Delgado, Álvaro. Facultad de Teología San Isidoro. Archidiócesis de Sevilla

Vaquerizo Gil, Desiderio. Universidad de Córdoba

COMITÉ CIENTÍFICO

Arruda, Ana Margarida. Universidade de Lisboa

Bonnet, Corinne. Universidad de Toulouse

Cardete del Olmo, M.<sup>a</sup> Cruz. Universidad Complutense de Madrid

Celestino Pérez, Sebastián. Instituto de Arqueología de Mérida, CSIC

Chapa Brunet, Teresa. Universidad Complutense de Madrid

Díez de Velasco Abellán, Francisco. Universidad de la Laguna

Domínguez Monedero, Adolfo J. Universidad Autónoma de Madrid

Garbati, Giuseppe. CNR, Italia

Marco Simón, Francisco. Universidad de Zaragoza

Montero Herrero, Santiago C. Universidad Complutense de Madrid

Mora Rodríguez, Gloria. Universidad Autónoma de Madrid

Tortosa Rocamora, Trinidad. Instituto de Arqueología de Mérida, CSIC

ALFREDO MEDEROS MARTÍN

JORGE MAIER ALLENDE

JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA

# La necrópolis orientalizante de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)

Los trabajos de Jorge Bonsor (1896-1911)

---

SPAL MONOGRAFÍAS ARQUEOLOGÍA

Nº L

---

 EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2023

Colección: Spal Monografías Arqueología  
Núm.: L

Comité editorial de  
la Editorial Universidad de Sevilla:

Araceli López Serena  
(Directora)

Elena Leal Abad  
(Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez

Rafael Fernández Chacón

María Gracia García Martín

María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado

Manuel Padilla Cruz

Marta Palenque

María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda

Marina Ramos Serrano

José-Leonardo Ruiz Sánchez

Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Esta monografía ha contado con la financiación del Proyecto de Investigación *Tarteso olvidado (en los Museos)*, dentro del Plan Estatal de Generación del Conocimiento - Proyectos I+D+I, del Ministerio de Ciencia e Innovación (PGC-2018 097131-B-I00).



Motivo de cubierta: dibujo de una tumba de la Cruz del Negro, por Jorge Bonsor (Fondo Bonsor, Archivo General de Andalucía, Sevilla).

© Editorial Universidad de Sevilla 2023

c/ Porvenir, 27-41013 Sevilla.

Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443

Correo electrónico: info-eus@us.es

Web: <https://editorial.us.es>

© Alfredo Mederos Martín, Jorge Maier Allende y Javier Jiménez Ávila, 2023

© De los textos, los autores 2023

Impreso en papel ecológico

Impreso en España-Printed in Spain

ISBN 978-84-472-2518-7

Depósito Legal: SE 2484-2023

Diseño de cubierta y maquetación: Intergraf

Impresión: Podiprint

# Índice

Abreviaturas.....	11
-------------------	----

## Prólogo

MANUEL BENDALA GALÁN .....	13
----------------------------	----

## Introducción

ALFREDO MEDEROS MARTÍN, JORGE MAIER ALLENDE Y JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA.....	15
--	----

## Historiografía

### Las excavaciones de Jorge Bonsor y la evolución historiográfica de la necrópolis de la Cruz del Negro

JORGE MAIER ALLENDE .....	23
---------------------------	----

## TUMBAS Y RITOS

### Las campañas de excavación de Jorge Bonsor en la Cruz del Negro (1898-1905)

JORGE MAIER ALLENDE .....	65
---------------------------	----

### Las sepulturas y el ritual funerario de la Cruz del Negro a partir de las excavaciones de Bonsor

JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA Y ALFREDO MEDEROS MARTÍN.....	95
--	----

## ESTUDIO DE LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

### Las urnas cruz del negro y otros tipos de urnas

ALFREDO MEDEROS MARTÍN Y JORGE MAIER ALLENDE.....	145
---	-----

Los vasos <i>à chardon</i>	
ALFREDO MEDEROS MARTÍN Y JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA.....	199
Las ánforas fenicias	
ALFREDO MEDEROS MARTÍN.....	215
Platos y cuencos de acompañamiento funerario	
ALFREDO MEDEROS MARTÍN Y JORGE MAIER ALLENDE.....	227
Jarro de boca de seta con engobe rojo	
ALFREDO MEDEROS MARTÍN.....	253
Quemaperfumes de engobe rojo	
ALFREDO MEDEROS MARTÍN.....	267
Lucernas fenicias	
ALFREDO MEDEROS MARTÍN Y JORGE MAIER ALLENDE.....	275
Botellitas de aceite perfumado	
ALFREDO MEDEROS MARTÍN Y JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA.....	301
La cerámica gris	
JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA Y ALFREDO MEDEROS MARTÍN.....	315
Cerámicas a mano pintadas, monocromas rojas tipo carambolo y bícromas tipo medellín	
ALFREDO MEDEROS MARTÍN.....	321
Cerámicas a mano digitadas e incisas con motivos orientalizantes	
ALFREDO MEDEROS MARTÍN Y JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA.....	341
La sala de los vasos perdidos: cerámicas de la Cruz del Negro en el archivo documental de G. E. Bonsor	
JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA Y ALFREDO MEDEROS MARTÍN.....	359
Los artefactos de marfil y hueso	
ALFREDO MEDEROS MARTÍN.....	389
Escarabeos y escaraboides	
ALFREDO MEDEROS MARTÍN.....	475

Cáscara de huevo de avestruz ALFREDO MEDEROS MARTÍN.....	487
Vasos de alabastro e imitaciones cerámicas en las colecciones bonsonianas ALFREDO MEDEROS MARTÍN, JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA Y ANA GÓMEZ DÍAZ ....	497
Orfebrería: joyas de oro y plata JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA.....	521
Los objetos de bronce JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA.....	549
Los objetos de hierro JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA.....	687
Adornos y abalorios de pasta vítrea, cornalina y otros materiales JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA.....	715
Materiales posiblemente procedentes de la Cruz del Negro en la Hispanic Society de Nueva York y en la Casa-Museo Bonsor de Mairena del Alcor JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA.....	743
Materiales de época romana en las colecciones arqueológicas de la Cruz del Negro JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA.....	779

#### ESTUDIOS ANALÍTICOS

Estudio de los restos humanos incinerados de las urnas de las necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla) y del Camino de Bencarrón conservadas en la Casa-Museo Bonsor de Mairena del Alcor VICTORIA PEÑA ROMO .....	795
Resultados del análisis espectrométrico de cinco urnas tipo cruz del negro procedentes de la colección de Jorge Bonsor MICHAŁ KRUEGER.....	827

Cuestiones cronológicas y determinaciones de carbono-14  
de las necrópolis de la Cruz del Negro y del Camino  
de Bencarrón

DIRK BRANDHERM ..... 833

Metales de la Cruz del Negro en la Casa-Museo Bonsor:  
Análisis cualitativos por XRF

IGNACIO MONTERO RUIZ ..... 841

### CONCLUSIONES

La necrópolis de la Cruz del Negro a través de los trabajos de  
Jorge Bonsor: una síntesis final

ALFREDO MEDEROS MARTÍN, JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA Y JORGE MAIER  
ALLENDE ..... 847

Apéndice I. Cronología reciente de la cruz del negro  
(ss. XIX-XXI)

JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA ..... 869

Bibliografía ..... 873

Listado de autores y colaboradores ..... 933

Abstract. The Orientalizing necropolis of «La Cruz del Negro»  
(Carmona, Seville): Works by George E. Bonsor (1896-1911) ..... 935



# Abreviaturas

AGAn	Archivo General de Andalucía (Sevilla)
CMB	Casa-Museo Bonsor (Mairena del Alcor)
HSA	Hispanic Society of America (Nueva York – EE. UU.)
<i>Les colonies</i>	<i>Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Betis</i> . <i>Révue Archéologique</i> XXXV. París, 1899, por G. E. Bonsor.
MASE	Museo Arqueológico de Sevilla
Proyecto HSA	Proyecto Estudio de las colecciones arqueológicas de la <i>Hispanic Society of America</i> (BHA2002-02306), IP: M. Bendala Galán



# Prólogo

La publicación de un estudio global y exhaustivo de la necrópolis carmo-nense de Cruz del Negro es una muy buena noticia. Esta necrópolis ha sido, desde las primeras publicaciones de Jorge Bonsor hace más de un siglo, uno de los ejes sobre los que ha girado la reflexión y el estudio de la proto-historia de la península ibérica. Pero ha sido siempre un eje forjado incom-pletamente, no del todo preparado y engrasado para asegurar la firmeza y la efectividad de la dinámica investigadora, que ha vuelto reiteradamente a él a la hora de tratar temas tan nodales de nuestras Antigüedades como la civiliza-ción tartésica y el fenómeno colonial fenicio.

Algunas de las razones de esas limitaciones en el valor indicativo o probato-rio de la necrópolis derivan de la precocidad de su descubrimiento y primeras excavaciones, cuando –en los años fronterizos entre los siglos XIX y XX– apenas alboreaba la arqueología como actividad científica, a lo que siguieron destruc-ciones y excavaciones diversas, de modo que nunca fue objeto de la aplica-ción de un programa de investigación riguroso y adecuado a su importancia. Acorde con ello, la variopinta documentación arqueológica relativa a la necró-polis se hallaba muy dispersa y, lo que es más notable, también los materia-les procedentes de ella. Sobre todo por el conocido acuerdo de Bonsor con el plutócrata e hispanófilo neoyorquino Archer M. Huntington de cederle lo más granado de sus materiales como intercambio de su apoyo a las propias inves-tigaciones. Los materiales más notables de la Cruz del Negro quedaron atra-pados en la bruma lejana, en el espacio y en el tiempo de la Hispanic Society of America. La venerable institución neoyorquina era para la mayoría de no-sotros un ente casi espectral, perdido en la periferia de la gran isla de la me-trópolis y envuelto en el mismo aire sepia que respiraron los pioneros de la arqueología decimonónica.

Y en esto radica nuestra implicación con el contenido de este libro. En 2002, pusimos en marcha un proyecto de investigación destinado a catalogar y valo-rar la riquísima colección arqueológica de la HSA. Tuve el honor de encabezar como investigador principal (IP) un entusiasta equipo que formaban Constan-cio del Álamo, conservador de la colección arqueológica de la HSA, Sebastián Celestino, investigador del Instituto de Arqueología de Mérida (CSIC), Jorge Maier, de la Real Academia de la Historia, y Lourdes Prados, profesora titular

de la Universidad Autónoma de Madrid. En un gélido mes de febrero de 2003, cuando todavía flotaban en el aire del World Trade Center el polvo y las cenizas del brutal atentado de septiembre de 2001, iniciamos una serie de estancias en Nueva York, que han tenido su mejor resultado, a la espera de la publicación definitiva del catálogo global, en la realización de una ansiada exposición, con una gran selección de la colección arqueológica de la HSA, que fue presentada en el Museo Arqueológico Regional de Madrid, en Alcalá de Henares, y en la sede de la Fundación Cajasol, en Sevilla, entre los años 2008 y 2009. Con ella conseguimos el retorno (temporal) a España de una parte notable de nuestro patrimonio histórico e historiográfico para gozo de todos los estudiosos e interesados y una primera valoración arqueológica e historiográfica de la colección plasmada en un cuidado catálogo de la exposición: M. Bendala, C. del Álamo, S. Celestino y L. Prados (eds.), *El tesoro arqueológico de la Hispanic Society of America*, Madrid, 2008.

Tener en las manos los materiales que tantas veces habíamos rememorado y analizado en imágenes, entender su presencia en una institución como la HSA, que parecía atrapada en un tiempo frenado y nos devolvía mágicamente a la época de Bonsor, de Sorolla, del romántico hispanófilo que la había creado..., fueron experiencias inolvidables. Especialmente para quienes nos habíamos curtido como investigadores tratando temas vinculados directamente a Bonsor y a la HSA. Yo mismo estudié para mi tesis doctoral la necrópolis de Carmona, excavada por Bonsor y cuya más importante publicación sobre ella, *An Archaeological Sketch-Book of the Roman Necropolis at Carmona*, fue publicada por la HSA en 1931. Todavía se conservaban las pruebas de imprenta de sus ilustraciones, con anotaciones manuscritas de Bonsor, además de numerosos dibujos y escritos sobre este y muchos otros asuntos carmonenses.

Y estaba en una mina inagotable para él uno de los autores de este libro, Jorge Maier, que bajo mi dirección había realizado su tesis doctoral sobre Jorge Bonsor y la valoración arqueológica e historiográfica de su obra, publicada como libro con el título:

*Jorge Bonsor (1855-1930). Un Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y la Arqueología Española*, RAH, Madrid, 1999. La necrópolis de Cruz del Negro era uno de los principales yacimientos excavados por Jorge Bonsor, sus materiales figuraban entre los principales de la colección de la HSA; y en las excavaciones modernas de la necrópolis había participado y mostrado interés Jorge Maier, de modo que se justificaba que la presencia de nuestro equipo en la institución neoyorquina le suscitara el interés por abordar un estudio del yacimiento que integrara cuanto se había hecho en él y cuanta documentación arqueológica del mismo, directa o indirecta, pudiera examinarse y consultarse. Este proyecto inicial, preñado por su naturaleza de dificultades y quehaceres, cobraría nuevos bríos con la asunción compartida del mismo por Alfredo Mederos, la incorporación de Javier Jiménez Ávila y la colaboración añadida de otros especialistas, todo lo cual, con la apertura a nuevos enfoques y a estudios analíticos modernos, ha llegado al logro del espléndido estudio que ahora me complace prologar a invitación de sus autores.

La comunidad científica recibirá con verdadero alborozo esta publicación, gracias a la que dispondrá, por la suma de trabajos de diferente autoría, de un buen estudio historiográfico inicial, de un exhaustivo análisis de las tumbas y de los materiales recuperados en ellas, que aportan un riquísimo corpus global del legado arqueológico de la necrópolis, y, como cierre, de un enjundioso capítulo de conclusiones que la incorporan con un perfil verdaderamente renovado al debate arqueológico e histórico sobre la Carmona protohistórica. La añeja necrópolis vuelve remozada con nuevos argumentos y más combativa a la cancha arqueohistórica en la que sobrevuela el nombre de Tarteso. Su publicación como monografía de la revista *Spal*, del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla, es un acierto acorde con la larga tradición de la responsabilidad asumida por la universidad hispalense en el estudio arqueológico e histórico de la gran ciudad alcoreña.

Manuel Bendala Galán

# Introducción

La Cruz del Negro era el nombre de un ventorrillo que en tiempos de la guerra de Cuba atendía a viajeros y caminantes en las afueras de Carmona, al norte del casco urbano, junto a los caminos que conectaban la otrora *Carmona* con las localidades de Lora del Río y Guadajoz.

Apenas ha quedado huella de aquel establecimiento en la memoria colectiva de los carmonenses, ni en los registros documentales de la ciudad, ni en la toponimia local (actualmente el sitio se conoce como *El Chencho*), por lo que su recuerdo y su extraño nombre parecían destinados a desvanecerse para siempre en el olvido. Sin embargo, la arqueología, tan dada a ello, vino a rescatar aquella denominación, tal vez más propia de una obra no escrita de Dumas o Salgari, que estaba llamada a trascender así el inexorable desgaste de los años. Y es que, para los arqueólogos españoles, en especial para quienes se dedican al estudio de las sociedades del I milenio a. C., «la Cruz del Negro» es, sin duda, una de las resonancias más comunes de sus estudios y una de las referencias más reiteradas en sus trabajos de investigación.

Esto es así debido a que en el tránsito del siglo XIX al XX se excavó en las inmediaciones de la venta Cruz del Negro una extraordinaria necrópolis orientalizante que tomó su nombre y que, desde entonces, ha sido un referente fundamental para ilustrar los procesos históricos y culturales que tuvieron lugar en el suroeste ibérico en los siglos centrales del I milenio a. C., cuando los contactos de los colonos fenicios con las poblaciones peninsulares alcanzaron especial relevancia.

La necrópolis de la Cruz del Negro fue descubierta accidentalmente hacia 1870, como consecuencia de la construcción de la línea férrea Carmona-Guadajoz, que la partió en dos. Pero, a pesar de que en este momento se recogieron algunos materiales, el verdadero interés por el sitio comenzó unos años después, en 1895, de la mano de la Sociedad Arqueológica de Carmona, cuando algunos de sus miembros realizaron los primeros tanteos, en particular Rafael Pérez y José Vega, que en aquel episodio excavaron en torno a 30 tumbas. La sociedad carmonense, una de las primeras en su género de toda España, fue promovida por George Edward Bonsor Saint-Martin, pintor de ascendencia anglo-francesa recién afincado en la zona. Jorge Bonsor (como es más

conocido en nuestro país, que acabó siendo también el suyo) inició las primeras excavaciones con registro conservado en la necrópolis en 1898 y, con el paso del tiempo, se convertiría en una de las personalidades más relevantes de la arqueología española de aquella época. Bonsor excavó en la Cruz del Negro entre 1898 y 1911, aunque solo se conservan diarios de los primeros años, que fueron los más activos y que, seguramente, no registran todos los hallazgos producidos. Además, pudo documentar y recuperar parte de los objetos que habían aparecido en actividades anteriores, aunque otros debieron perderse para siempre. Prácticamente toda la información documental y material que estudiamos en este volumen tiene su origen en estas actividades de excavación y recuperación que realizara Bonsor entre finales del siglo XIX y la primera década del XX, aunque también hemos incorporado algunos hallazgos de aquella época (muy pocos) procedentes de otros trabajos en la necrópolis.

El material de todas estas intervenciones se dispersó por varias colecciones museísticas de España y del exterior. Y es que, para financiar sus actividades arqueológicas, y conforme a la legislación entonces en vigor, Bonsor vendió una buena parte de sus hallazgos a la Hispanic Society of America de Nueva York, institución fundada en aquellos años por el millonario Archer M. Huntington, entusiasta hispanófilo, con quien trabó una fecunda relación. De este modo, una parte importante de los ajueres de las sepulturas de la Cruz del Negro viajó a Nueva York entre 1905 y 1911 (año en que la legislación española prohibió este tipo de transacciones) y allí, en sus vitrinas y almacenes, se conserva desde entonces.

Pero la mayor parte de los objetos y la documentación registrada permanecieron en la colección personal de Bonsor, que se conservó hasta su muerte en su residencia del castillo de Luna, en Mairena del Alcor, no muy lejos de Carmona. En este edificio, recientemente reconvertido en Casa-Museo Bonsor, se encuentran actualmente las colecciones arqueológicas. En cambio, la parte documental (fotos, planos, dibujos y escritos), imprescindible para restituir el registro y para comprender muchas de las circunstancias que rodearon aquellas actividades, ha pasado a formar parte del Archivo General de Andalucía (AGAN), en Sevilla, donde hoy se custodia por convenio entre el Ayuntamiento de Mairena y el gobierno autonómico, copropietarios actuales de todo este extraordinario legado arqueológico y documental.

Finalmente, una pequeña agrupación de materiales, probablemente producto de las primeras actividades relacionadas con la Sociedad Arqueológica

de Carmona, permaneció en este municipio hasta bien entrado el siglo XX, cuando fue depositada en el Museo Arqueológico de Sevilla.

Esta dispersión, y las circunstancias específicas de todas estas colecciones, han dificultado que, a pesar de su reconocida importancia, hasta ahora no se haya abordado la tarea de realizar un trabajo de conjunto sobre las actividades arqueológicas de Bonsor en la Cruz del Negro como el que ahora presentamos. La lejanía de la HSA, en Norteamérica, o el cierre intermitente de la Colección Bonsor, un museo de titularidad municipal que dispone de recursos limitados, han actuado como importantes obstáculos en este proceso.

Ello no quiere decir, por supuesto, que no se hayan producido estudios sobre la necrópolis en los casi 150 años transcurridos desde su hallazgo. Bien al contrario, desde las primeras noticias del descubrimiento, debidas al historiador y político Carlos Cañal (1866) y, sobre todo, desde la publicación del tratado de Bonsor sobre la arqueología prerromana del valle del Guadalquivir (1899), en el que se incluyen las primeras descripciones sobre sus sepulturas y las primeras teorías sobre su significado histórico, han sido numerosos los autores que se han interesado por aspectos parciales o generales de la necrópolis.

En este sentido destacan, por ejemplo, los trabajos sobre la eboraria decorada iniciados por el propio Bonsor (1928) y continuados por M.<sup>a</sup> Eugenia Aubet (1979), que dedica a la necrópolis una de las entregas monográficas de su trilogía sobre los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. También a ella se debe el primer estudio moderno sobre el conjunto cerámico conservado en Nueva York (1976-78), en el que sobresalen las características ánforas de dos asas que, poco después, Martín Almagro-Gorbea designaría como urnas *tipo cruz del negro*, acuñando un apelativo, ya consagrado, que ha contribuido a acrecentar la popularidad e importancia del yacimiento.

Algunos investigadores, como Wilhelm Schüle (1961) o Ramón Pallarés (1980), se interesaron por los objetos metálicos, como las fibulas o los broches de cinturón, que pudieron estudiar e incluir en sus investigaciones tras tener la oportunidad de acceder a la Colección Bonsor, en unos momentos en los que esta posibilidad era muy restringida. Tampoco faltaron algunos estudios más generales e, incluso, se realizó una memoria de licenciatura sobre la necrópolis, defendida en la Universidad de Sevilla por Juan Carlos Barrientos en 1986, aunque publicada de manera muy parcial.

En la última década del pasado siglo se reaviva el interés por la Cruz del Negro debido a dos factores

fundamentales. Por un lado, el redescubrimiento de los diarios de excavación de la necrópolis depositados en el AGAn, dentro el marco de investigaciones que Jorge Maier venía realizando sobre la figura de J. Bonsor, que cristalizan en varias publicaciones monográficas sobre el personaje y sobre el sitio (1992-1999), lo que contribuirá a reconocer la importancia de su incansable actividad investigadora en los albores de la arqueología científica española. Por otro lado, el inicio de una serie de nuevas campañas de excavación, dirigidas por Fernando Amores y Marisol Gil de los Reyes, motivadas por unos movimientos de tierra ilegales que afectaron negativamente a la necrópolis, cuyo emplazamiento se acababa de redescubrir gracias a los trabajos de investigación del primero de ellos, que culminarían con su memoria de licenciatura sobre la *Carta arqueológica de los Alcores* (1982). Estas campañas se extendieron entre 1989 y 1997 y sus resultados han sido puntualmente publicados en el *Anuario de Arqueología Andaluza* y en otros medios especializados. Actualmente su estudio se ha incorporado al Proyecto *Tarteso Olvidado (en los museos)* (PGC2018-097131-B-I00), dirigido por el prof. Eduardo Ferrer, de la Universidad de Sevilla, cuyos resultados pronto verán la luz.

Gracias a todos estos trabajos, la necrópolis de la Cruz del Negro ha sido protagonista de excepción en los encendidos debates sobre la identidad de las poblaciones prerromanas del Bajo Guadalquivir que, en fechas bastante recientes, han tenido lugar en el seno de la arqueología protohistórica española. Planteamientos colonialistas, indigenistas o *hibridistas* se han valido de algunos de sus datos para defender sus posiciones, en un contexto muy mediatizado por la proximidad a los escenarios reconocidos en los relatos míticos transmitidos por las fuentes históricas y literarias y, en particular, por todo lo que se refiere al problema de la *misteriosa* Tartessos.

Sin embargo, los datos que sustentaban estos discursos han sido necesariamente parciales y comúnmente manejados de una forma muy poco integrada. Y es que, a pesar de su importancia y de ser continuamente usada como referente histórico y cultural de primer orden, la necrópolis de la Cruz del Negro ha seguido siendo una gran desconocida en aspectos esenciales. Así, un siglo después de las primeras actividades emprendidas por Bonsor, buena parte de sus materiales permanecían inéditos, otros adolecían de una dispersión bibliográfica pareja a su diáspora museística y no pocos se habían dado por perdidos. Por eso resultaba fundamental abordar un proyecto que permitiera un conocimiento global y conjunto de la necrópolis, que pusiera al día los

datos disponibles y que los integrara en el panorama investigador que plantea la actual arqueología protohistórica del Mediterráneo para las comunidades que ocuparon el Bajo Guadalquivir y el sur de la Península en la I Edad del Hierro.

Las condiciones que propiciaron este estudio de conjunto que aquí presentamos se han producido iniciado ya el presente siglo XXI. El proyecto *Estudio de las Colecciones Arqueológicas de la Hispanic Society of America* (BHA2002-02306), dirigido por el profesor Manuel Bendala y en el que participamos varios de los autores de este volumen, permitió entre 2003 y 2005 el acceso directo a las colecciones y a los registros del museo neoyorquino, lo que ha propiciado la identificación, el inventario y recopilación de la información sobre la Cruz del Negro recogida en esta institución americana. Sin embargo, buena parte de los esfuerzos de este proyecto se reorientó a la preparación de la exposición *El tesoro arqueológico de la Hispanic Society of America* en el Museo Arqueológico Regional de Madrid (2008-09), con la simultánea publicación de su excelente catálogo a color, por lo que, con el beneplácito de Manuel Bendala, proseguimos con la investigación pormenorizada sobre los materiales conservados en Nueva York, que había comenzado dentro su proyecto y que había quedado inconclusa.

Faltaba, también, un estudio científico detallado de los materiales arqueológicos depositados en la Colección Bonsor de Mairena del Alcor, muchos de ellos inéditos, para poder reconstruir adecuadamente las excavaciones en la Cruz del Negro. Jorge Maier planteó la necesidad de dar ese paso de cara a una revalorización de las colecciones de la necrópolis, con las que había venido trabajando previamente, para completar la trayectoria científica de Bonsor en el ámbito de la protohistoria andaluza.

Habida cuenta de la importancia de los materiales metálicos en estas colecciones, se incorporó al grupo de autores Javier Jiménez Ávila, que había iniciado la revisión de los bronce, hierros y ornamentos en la Hispanic Society dentro del proyecto BHA2002-02306 y que había trabajado con las colecciones del Museo Arqueológico de Sevilla con motivo de su tesis doctoral. Estos trabajos permitieron estudiar los fondos antiguos de la Cruz del Negro albergados en dicho museo, probablemente relacionados con las primeras actividades en la necrópolis, que volvieron a ser revisados en 2018, antes del cierre por la reforma completa de este centro. La reapertura de la colección del castillo de Mairena del Alcor y su conversión en Casa-Museo Bonsor, desde 2014, ha facilitado el estudio pormenorizado de todo



el material allí conservado, cerámica y metales, tarea que realizamos desde esa fecha hasta 2018.

De este conjunto de circunstancias y energías ha surgido este nuevo estudio de viejos datos de la necrópolis de la Cruz del Negro que, aunque coordinado e impulsado por los abajo firmantes, ha contado con la colaboración directa e indirecta de un importante número de especialistas.

En este sentido, se ha tratado de dotar al estudio arqueológico de una buena batería de análisis arqueométricos efectuados a partir de las colecciones conservadas en Mairena. Por una parte, se han estudiado todos los restos antropológicos conservados en urnas y vasos *à chardon* de la Cruz del Negro y Bencarrón por Victoria Peña, de la Universidad Complutense de Madrid. De estas tumbas se han realizado análisis de carbono 14 de las cremaciones en el laboratorio especializado de Belfast por Dirk Brandherm, de la Queen's University de Belfast. El análisis espectrométrico, no destructivo, de varias urnas de la Cruz del Negro fue afrontado por Michał Krueger, de la Universidad de Poznan, Adama Mickiewiczza (Polonia). Por último, se hizo una selección amplia de metales que no afectase a las piezas mejores, para ser analizados por Ignacio Montero del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pero por problemas con la autorización para retirar las pátinas o extraer las muestras, tuvo que restringirse a un análisis no destructivo de su composición en las superficies, lo que llevó a no afrontar otras analíticas sobre marfiles que habrán de realizarse en un futuro.

Acometer todo este volumen de trabajo no ha sido tarea fácil, algo que, probablemente, contribuya a explicar por qué no se había afrontado anteriormente. La imprecisión de la documentación aportada por Bonsor, que solo realizó una publicación relativamente detallada en 1899, mientras que sus diarios hasta 1905 son un documento de trabajo y no un inventario detallado de hallazgos; la dispersión de las colecciones en dos países y tres museos; la falta de inventarios en la Colección Bonsor de Mairena (un museo municipal) y la imprecisión muchos de los registros de la Hispanic (un museo privado); el tipo de exposición que se mantiene en la Colección Bonsor de Mairena, donde buena parte de los fragmentos cerámicos, bronce, hierros, adornos o huesos, están unidos con cuerdas o adhesivos a los paneles expositivos de madera y cartón, tal y como fueron diseñados por Bonsor, sin que (comprensiblemente) exista posibilidad de separarlos; la dificultad de acceder a las urnas y vasos *à chardon* ubicados en estanterías muy elevadas del castillo de

Mairena, de donde nunca se han bajado..., son factores que no han contribuido a facilitar la labor de registro y documentación realizada.

A todo ello se sumó, durante las últimas fases del trabajo, la expansión de la pandemia COVID-19, que afectó gravemente a toda la población mundial durante más de dos años y que limitó extraordinariamente la movilidad de las personas, al provocar el cierre generalizado de museos, bibliotecas e instituciones culturales. Por esta causa, algunos detalles que habríamos querido verificar y revisar *in situ*, una vez más –así en Mairena como en Nueva York– o la obtención de algunas fotografías con las que nos habría gustado enriquecer la parte gráfica se vieron tristemente comprometidos y quedarán aplazados para futuras aproximaciones.

No queda, pues, sino agradecer a un cuantioso grupo de colegas y amigos su desinteresada colaboración, personal e institucional, en este proyecto que se ha extendido a lo largo de los años. Al Prof. M. Bendala, director del proyecto *Estudio de las Colecciones Arqueológicas de la Hispanic Society of America* (BHA2002-02306), cuyo trabajo de campo en los fondos del museo neoyorquino ha sido esencial para este estudio, así como a los responsables de dicha institución americana, su director de entonces, Mitchell A. Coddling, y, sobre todo, el conservador de arqueología (también ya retirado) Constancio del Álamo, así como a todo el personal de la institución, con especial recuerdo a Ramón Payano y su familia. Más recientemente, Noemí Espinosa ha sido muy amable al explicarnos los problemas operativos durante el cierre de la institución en la pandemia y los derivados de su reapertura, de cara a actualizar la información que ya poseíamos. En Mairena del Alcor hemos contado con la entregada e incondicional disposición de Ana Gómez Díaz, directora de la Casa-Museo Bonsor, cuya labor excede con mucho las propias de la conservación, así como con el apoyo del ayuntamiento de la localidad. El trabajo con el equipo del Museo Arqueológico de Sevilla ha sido, como siempre, una muestra de eficacia; nuestro agradecimiento a su actual directora, Marisol Gil de los Reyes (familiarizada con todo cuanto se refiere a la Cruz del Negro) y a las conservadoras del departamento de investigación Concha San Martín, y Julia Herce, así como a Fernando Fernández Gómez, que nos mostró los primeros materiales de la necrópolis que allí se conservaban durante la etapa en que fue director de esta institución, y al resto del personal. Aparte de los tres museos principales, nuestras indagaciones han sido también intensas en el Archivo General de Andalucía, donde se conserva el fondo documental de J. Bonsor, del que



hemos reproducido numerosas láminas y fotografías. Nuestro agradecimiento, igualmente, a su director Mateo A. Páez García y a los archiveros Abilio Aguilar, Carlos Font y Antonio J. García Sánchez. De cara a restituir algunas de las vicisitudes de las colecciones carmonenses ha sido esencial contar con la información de quienes mejor conocen ese mundo, el equipo de arqueología urbana de Carmona, con sede en el Museo Municipal. Nuestro reconocimiento por su ayuda a su director Ricardo Lineros y a J. Manuel Román.

También nos gustaría mencionar a una serie de colegas que, desde sus instituciones, nos han ofrecido o facilitado el acceso a bibliotecas que, por motivos sanitarios, se encontraban cerradas, y a veces, incluso, nos han enviado directamente los archivos requeridos. Nuestro agradecimiento por ello a los directores del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, Dirce Marzoli y de los museos provinciales de Cáceres, Juan Valadés, y Badajoz, Guillermo Kurtz.

La amplitud de materias (y materiales) tratados nos ha obligado a consultar a varios colegas especialistas cuyos comentarios y amables observaciones han sido siempre de inestimable ayuda y de gran interés. Nuestra gratitud por ello a José Luis Escacena, María Belén, Carmen Pérez, Joan Ramon, Mariano Torres y Francisco Núñez.

Por diversas razones nos gustaría también incluir en la lista de reconocimientos a los colegas y amigos Martín Almagro-Gorbea, que siempre ha sido una guía, José Ortega, que comenzó el estudio de los marfiles en la HSA, Raimon Graells, Macarena Bustamante, Teresa Barrientos, Iván Fumadó y al

fotógrafo Martín García, así como a J. Manuel Jerez y Juan Carlos Conde, por su dedicación y esfuerzo en la parte gráfica. Las fotografías que aparecen con créditos del Proyecto HSA fueron tomadas por Elena Castillo, José Ortega (los marfiles, en particular) y Paloma Zulueta.

Y, por supuesto, a todos los autores que suscriben las contribuciones monográficas sobre radiocarbono, espectrometría, metalografías o antropología, que forman parte del índice de este libro. Gracias por el esfuerzo desinteresado y el interés que han puesto a Dirk Brandherm, Michał Krueger, Ignacio Montero y Victoria Peña.

En la fase editorial el trabajo ha sido especialmente fácil gracias a la amabilidad y el buen hacer del personal de la EUS. Nuestro agradecimiento a Ángel Martínez Pérez y a Mateo Sánchez Sánchez por su labor en este ámbito fundamental.

Finalmente, y no por ello, menos importante, nos gustaría mostrar nuestro reconocimiento al profesor Eduardo Ferrer Albelda, por haber acogido con entusiasmo y generosidad la idea de que el libro apareciera en las prestigiosas series arqueológicas de la Universidad de Sevilla, que ofrecen el mejor marco de los posibles a un trabajo sobre la Carmona protohistórica.

Alfredo Mederos Martín  
Jorge Maier Allende  
Javier Jiménez Ávila

Madrid-Mérida, junio de 2022



Primera parte  
**HISTORIOGRAFÍA**



# Las excavaciones de Jorge Bonsor y la evolución historiográfica de la necrópolis de la Cruz del Negro

*Jorge Maier Allende*

## INTRODUCCIÓN

La intensificación de las obras públicas en España a partir de la segunda mitad del siglo XIX, en pleno reinado de Isabel II, especialmente con la construcción de la red de ferrocarriles y la mejora de los caminos tradicionales, puso al descubierto un número importante de yacimientos arqueológicos. La Real Academia de la Historia, en previsión de esta circunstancia, tuvo la genial y novedosa iniciativa de convocar un premio por descubrimiento de antigüedades en 1858, con el que se trataba de que la investigación arqueológica, un tanto decaída, se beneficiase del intenso movimiento de tierras a la vez que constituyese una medida proteccionista del patrimonio arqueológico e histórico español. La iniciativa cosechó un gran éxito y a ella están asociados algunos de los más sobresalientes estudios de la arqueología española de la segunda mitad del siglo XIX, además de la comunicación de muchos otros descubrimientos y hallazgos importantes. La convocatoria de estos premios estuvo en vigor entre 1858 y 1874 (Maier 2003: 42 y ss.). No obstante, otros hallazgos que se produjeron con motivo de estas obras públicas a las que nos referimos no tuvieron el eco que hubiera sido de desear y no fueron por lo tanto comunicadas a las autoridades competentes. Este es el caso de dos de los más significativos hallazgos arqueológicos que se produjeron en Carmona en los últimos momentos del reinado de Isabel II. Uno de ellos fue, nada menos, que el hallazgo de la necrópolis romana en 1868 y el otro el de la necrópolis de la Cruz del Negro, apenas un año después. Si nuestros datos son correctos esta fue la primera necrópolis tartésica que se descubrió en España.

Hace aproximadamente 150 años, al construir la línea de ferrocarril Carmona Guadajoz, que fue puesta en funcionamiento en 1876<sup>1</sup> y hoy en día desmantelada, pero cuyas vías aún se veían hace algunos años, se descubrieron, al construir una zanja para salvar una pequeña colina a un kilómetro aproximadamente al norte de la población, una serie de tumbas de una antigua

---

1. La línea fue construida por la Compañía de Ferrocarriles Madrid-Zaragoza-Alicante. Al parecer, los trabajos comenzaron hacia 1869. Se abrió al servicio el 10 de abril de 1876. Desde 1941 pasó a ser propiedad de RENFE. La línea fue cerrada el 12 de enero de 1970.

necrópolis. Aquella colina estaba ocupada entonces por una plantación de olivos y el lugar tomó el nombre del ventorrillo que existía en las proximidades y que era conocido como la Cruz del Negro, topónimo de origen incierto y desconocido, que ha dado nombre a una de las más carismáticas necrópolis protohistóricas de Carmona. Aquel primer descubrimiento, sin embargo, pasó desapercibido para la crítica arqueológica de aquellos tiempos.

Algunos años después, en los que el clima cultural de Carmona alcanzó el punto de ebullición necesario al calor de la energía desplegada por una serie de personajes locales y foráneos en el interés por los estudios históricos y arqueológicos, llamó de nuevo la atención aquel descubrimiento, que no había sido olvidado del todo, pese haber transcurrido casi treinta años.

En efecto, un vecino de Carmona llamado Rafael Pérez y González realizó ciertas excavaciones en 1895 en los taludes de la zanja que se abrió para la construcción del trazado de la vía del ferrocarril, pues al parecer aún se veían algunas manchas negras de carbón. De ellas recogió al menos seis urnas completas, así como fragmentos de broches de cinturón, fíbulas, agujas y, al parecer, varias puntas de flecha. Las observaciones que efectuó dicho vecino de Carmona fueron recogidas por persona de más autoridad científica, Carlos Cañal y Migolla (fig. 1), quien pocos años antes había sido premiado en un concurso convocado por el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla por una obra titulada *Sevilla Prehistórica* (Cañal 1894). Cañal, que con el tiempo fue ministro en varias ocasiones<sup>2</sup>, dio a conocer formalmente la necrópolis en un artículo publicado en el *Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural* en el que describió las tumbas y los materiales según las noticias que le proporcionó su descubridor (Cañal 1896). Otros vecinos también probaron suerte en el yacimiento. Uno de ellos fue José Vega Peláez, miembro de la Sociedad Arqueológica de Carmona. Otro, acaso pariente del primero, Juan Peláez y Barrón, ya que consta que en la colección que reunió se conservaban materiales procedentes de la Cruz del Negro, aunque desconocemos cualquier circunstancia de sus hallazgos<sup>3</sup>.



Figura 1. Carlos Cañal y Migolla (1876-1938), autor de las primeras referencias bibliográficas a la Cruz del Negro. La foto corresponde a la época en que fue nombrado subsecretario de Gracia y Justicia, en 1914 (foto Archivo ABC).

Todas estas intervenciones, de muy escaso rigor científico, no son comparables con los trabajos llevados a cabo en el yacimiento por Jorge Bonsor, también miembro de la Sociedad Arqueológica de Carmona, director de las excavaciones de la necrópolis romana y académico correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, quien comenzó a trabajar en la necrópolis en 1898, con mayor calidad metodológica que sus predecesores, por lo que se le considera el principal excavador y descubridor de la necrópolis de la Cruz del Negro (fig. 2).

### 1. INTERVENCIONES DE JORGE BONSOR (1898-1911)

La intervención de Jorge Bonsor en el yacimiento se debió a intereses muy diferentes a los descritos. En efecto, los trabajos desarrollados por el arqueólogo

2. Fue ministro de Abastecimientos en 1919 en el gobierno presidido por Joaquín Sánchez de Toca, ministro de Trabajo en 1920-21 en el gobierno de Eduardo Dato y ministro de Gracia y Justicia en 1922, aunque tan solo tres días.

3. Juan Peláez estuvo casado con Carmen Vega, aficionada a la pintura y la única discípula que Jorge Bonsor tuvo en Carmona. Al fallecer, donó la colección arqueológica de su marido al Ayuntamiento

de Carmona, el cual la cedió en depósito al Museo Arqueológico de Sevilla el 2 de julio de 1956 (Fernández Chicarro 1960: 200).



Figura 2. Jorge Bonsor (1855-1930), fotografiado por R. Pinzón hacia 1900 (Fondo Bonsor, Archivo General de Andalucía).



anglofrancés tuvieron como marco una empresa arqueológica mucho más ambiciosa, la exploración sistemática de los yacimientos protohistóricos de Los Alcores que desarrolló entre 1894 y 1898 y en la que cosechó importantes frutos para el conocimiento de la prehistoria y protohistoria del Bajo Guadalquivir, como ya hemos puesto de manifiesto en varios estudios que hemos dedicado a su personalidad y significación en la arqueología española (Maier 1997; 1999a; 1999b).

Al parecer, Bonsor también intentó efectuar sus primeras pesquisas en la zona de los taludes, pero el propietario del terreno, Andrés Lasso de la Vega y Quintanilla, conde de Casa-Galindo, hastiado por las numerosas intervenciones que sin su autorización se venían produciendo en su propiedad, no le permitió realizar ningún trabajo en esa zona, por lo que hubo de trasladarse a otras propiedades cercanas. Su actividad en la necrópolis comenzó en la primavera de 1898, aunque sabemos que adquirió dos peines de marfil enteros grabados y otros fragmentos del mismo material quemados, algunas cuentas de oro y dos urnas cinerarias, en 1896, a uno de los operarios de su confianza, Rafael Pérez Barrera<sup>4</sup>. Los resultados de esta campaña de excavación, junto a los materiales adquiridos hasta 1899, fueron publicados en su obra más significativa y que continúa siendo una referencia interesante para el estudio del yacimiento, *Les Colonies agricoles preromaines de la vallée du Betis* (Bonsor 1899).

Con posterioridad a esta fecha, Bonsor realizó intermitentemente, por lo menos hasta 1911, varias campañas de excavaciones en el yacimiento, según consta en los diarios de campo y cuadernos de notas personales que se conservan en su archivo. Los trabajos más continuados los llevó a cabo entre los años 1900 y 1905<sup>5</sup>. Hoy sabemos que algunas de estas campañas de excavaciones fueron subvencionadas por la Société Française des fouilles Archéologiques<sup>6</sup>, ya que así se lo hace saber al hispanista norteamericano A. M. Huntington:

4. *Diarios de gastos de excavaciones compradas y ventas de antigüedades*, Fondo Bonsor, AGAn.

5. En alguna ocasión se ha afirmado que estas excavaciones de Bonsor en la Cruz del Negro tuvieron lugar entre 1900 y 1903 (Aubert 1976-78: 267; Rodríguez Muñoz 2006: 93).

6. La Société Française des fouilles Archéologiques fue creada en 1904 bajo la presidencia del numismático y arqueólogo francés Ernest Babelon (1854-1924). Era una sociedad de carácter privado patrocinada por el mecenazgo de aficionados y especialistas de la arqueología que proporcionaban fondos que invertían en actividades arqueológicas. Siguió el modelo inglés de las Egypt Exploration Fund o la Palestinian Exploration Fund, que financiaron, por ejemplo, las excavaciones de William Flinders Petrie. La institución tenía por objetivo llevar a cabo y fomentar exploraciones y excavaciones

I am about to return to Spain, when I have undertaken some excavations for a French Society la Société Française des fouilles Archéologiques which was founded last January. They are paying all the expenses and I shall have to give them everything I find. In return they will publish my work and give me the edition. An exhibition of all the antiquities found will be held in Paris next May<sup>7</sup>.

En efecto, parte de los materiales recogidos, así como los dibujos de varias tumbas, fueron prestados para la exposición que dicha Sociedad celebró en el Musée du Petit Palais des Champs Elysées<sup>8</sup> de París en 1905 (fig. 3), según le notificaba a Huntington:

«La primera exposición de la *Société Française des fouilles Archéologiques* será inaugurada en París, en el Petit Palais des Champ Elysees, el día 7 de este mes. Les envié una caja con antigüedades prerromanas (fenicias, celtas y púnicas) procedentes de las excavaciones que realicé para la sociedad. Siento decir que no son muy notables, pero por otra parte fue enviado también una serie de dibujos que prueban la existencia de sacrificios humanos (en su mayor parte mujeres y niños durante la ocupación celto-púnica), los cuales espero sean apreciados por los miembros de la Sociedad»<sup>9</sup>.

A partir de esta fecha no realizó más intervenciones en el yacimiento, aunque sabemos que en 1909 adquirió algunos materiales a Rafael Pérez Barrera, según se constata en sus diarios personales<sup>10</sup>.

Jorge Bonsor dio a conocer muy pocos datos de los resultados de sus excavaciones posteriores a la publicación de *Les Colonies*, ya que tan solo publicó el dibujo de una tumba y de una estela (Bonsor 1927), así como una fotografía de una urna a torno pintada (fig. 4) y un dibujo en el que presentó una selección de cerámicas a mano y a torno de la necrópolis (Bonsor 1928b: 12-13)<sup>11</sup>. En 1928, *The Hispanic*

arqueológicas en Francia, en sus colonias y protectorados, así como en países extranjeros. Llegó a publicar los resultados de los trabajos, además de contar con un Boletín. Uno de los trabajos que esta institución apoyó en el extranjero fueron los de Bonsor en Carmona y los de A. Engel en Osuna (Gran-Aymerich 2001a: 447).

7. Carta inédita de Bonsor a Huntington, Dorset (Inglaterra), 4-9-1904, Archivo de The Hispanic Society of America.

8. El Petit Palais se construyó con motivo de la Exposición Universal de 1900 por el arquitecto Charles Girault (1851-1937) y se inauguró el 11 de diciembre de 1902 como museo con el nombre de Palais des Beaux-Arts de la ville de Paris.

9. Carta de Bonsor a Huntington (Maier 1999b: 148 s.).

10. *Diarios de gastos de excavaciones compradas y ventas de antigüedades*, Colección Bonsor, A.G.A.

11. Esta selección de cerámicas fue publicada en una revista norteamericana de Washington y como ilustraciones de un artículo sobre





Figura 3. El Petit Palais, en París, hacia 1905, época en que se celebró la exposición de la recién creada Société Française des Fouilles Archéologiques, donde se exhibieron por primera vez materiales de la Cruz del Negro (foto Biblioteca del Congreso de los EE. UU.).

Society of America publicó el catálogo de los marfiles, entre los que se encontraban, lógicamente, los procedentes de la Cruz del Negro. No se trata de un estudio, sino de un catálogo ordenado por yacimientos, según la secuencia cronológica establecida por Bonsor en la necrópolis de Los Alcores en el que se indican las medidas de las piezas y su procedencia sin mayor indicación y sin ninguna referencia al contexto arqueológico.

Algunos datos nos indican que Bonsor tuvo la intención de publicar los resultados de estos años de excavaciones, ya que los dibujos prestados a la exposición fueron realizados entre 1903 y 1905. En cualquier caso, esta intención quedó rápidamente disipada, ya que entre 1905 y 1908 vendió a The Hispanic Society of America en distintos lotes la mayor parte de los materiales recogidos en la necrópolis, donde hoy en día se conservan (fig. 5). Aún así, en

1908 retomó de nuevo esta posibilidad, ya que en su correspondencia constatamos cómo en este año comenzó a dibujar los materiales con el fin de confeccionar un *álbum* monográfico sobre la necrópolis<sup>12</sup>. Según hemos podido comprobar, llegó a dibujar los cuchillos de hierro, los broches de cinturón, los brazaletes y una selección de la cerámica a torno. Por causas que desconocemos desechó finalmente esta idea, y estos dibujos, junto a otra nueva versión de la cerámica procedente de la necrópolis que conservaba en su colección de Mairena que realizó en 1917,

12. Así se lo hacía saber a Huntington el 9 de agosto de 1908: «He tenido que suspender mis excavaciones durante los meses de Julio y agosto debido al excesivo calor. Así es que actualmente me encuentro trabajando dentro de casa dibujando todas las antigüedades de la Cruz del Negro, la típica necrópolis de los principios de la ocupación cartaginesa en esta parte de España, Turdetania» (Maier 1999b: 164). También se lo comunicó a Luis Siret el 30 de agosto de 1908: «En este momento me preocupo de formar un gran álbum con todos los objetos recogidos en la Cruz del Negro. Como esta colección seguro que le interesa, confió en poder mostrársela algún día, bien por su visita o bien porque vaya a verle con mi álbum» (Maier 1999b: 90).

Tartessos dedicado a un público norteamericano, por lo que no tuvieron casi ninguna difusión en España. Ver *infra*, cap. 5, fig. 9, p. 208.

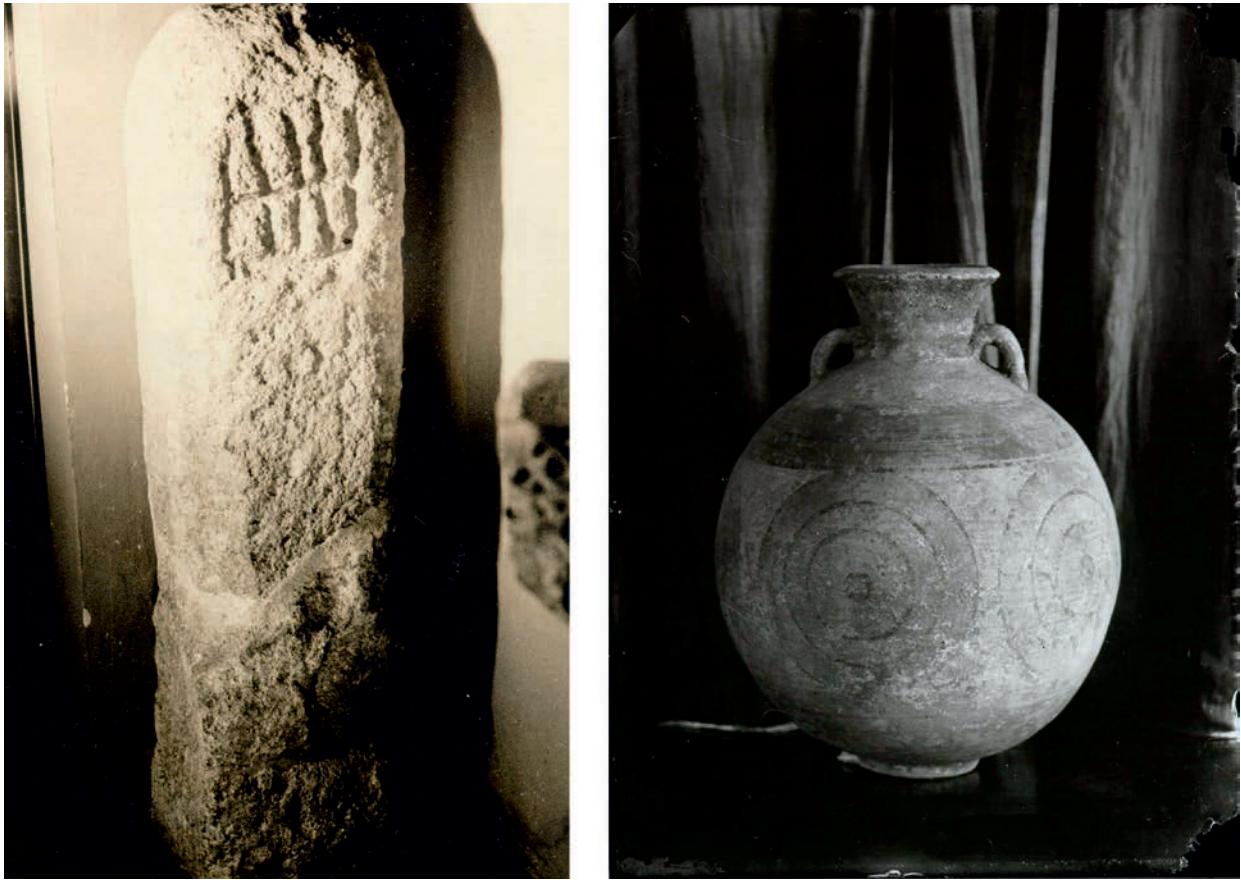


Figura 4. Algunos de los pocos elementos de la Cruz del Negro y su entorno dados a conocer por Bonsor después de la publicación de *Les Colonies*. 1. Estela con grabados de la Cañada de las Cabras; 2. Urna incluida en el artículo de la revista *Art and Archaeology* en 1928 (Fondo Bonsor, Archivo General de Andalucía).

pasaron a engrosar, después, un proyecto más ambicioso, el *Album Archéologique des Alcores*, que fue remitido a la Hispanic Society en 1925. En efecto, en una carta de 7 de octubre de 1925, Bonsor le anunciaba a Huntington el envío del álbum:

You will receive, by this post the photographs of my collection. I promised to send you. They are forming an interesting illustrated Catalogue, *L'Album archéologique des Alcores de Carmona, à l'Est de Séville, depuis les Temps Néolithiques jusqu'à la Seconde Guerre Punique* with 81 photographs presented in chronological order. As you will see there are more to be taken yet, mostly from my drawings, Plans & Maps also of many other antiquities from this district in the Collection of the Hispanic Society, I should like to add to this Catalogue if I could get good photographs of them.

I divided the Album in two parts 1° From Neolithic Times to the 2° Punic War. 2° the

same country under the Romans, the Visigoths and the Moors. I am keeping all the negatives, hoping some day to find an occasion of publishing this work. Meanwhile, should you want any more copies, please mention the number on the right, in red ink.

The Archaeology of this range of hills called 'Los Alcores,' from the Arabic for Hills, French: Coteaux, applies to all Andalucía, a country known to be from Primitive Times, under the Tartesians, the most civilized part of Western Europe. I went to the best photographer: Hijo de Pérez Romero of Seville, the result is, I think, very satisfactory and I am again most obliged to you for kind help in the production of this Album. I have prepared another copy for the Archaeological Section of the Ibero-American Exhibition with notes in French and in Spanish<sup>13</sup>.

13. Carta inédita de Jorge Bonsor a A. M. Huntington, Archivo de The Hispanic Society of America.





Figura 5. Archer M. Huntington (1870-1955), fundador, en 1904, de la Hispanic Society of America, que adquirió muchos de los materiales de las excavaciones de Bonsor en la Cruz del Negro. En la foto inferior, tomada en 1908, se reconocen algunas urnas de la necrópolis expuestas en la galería norte del patio central de la sede de dicha institución en Nueva York (fotos Hispanic Society of America).



El *Álbum*, en el formato ideado por Bonsor, nunca llegó a ser publicado por la institución norteamericana. Bonsor conservó los originales de los dibujos de las tumbas y de los materiales de la necrópolis que fueron dados a conocer años después de su fallecimiento por Luis Monteagudo en el *Archivo Español de Arqueología* (Monteagudo 1953).

Por estos motivos, la necrópolis de la Cruz del Negro fue conocida durante mucho tiempo en la literatura científica únicamente por las tumbas y materiales publicados en 1899, la tumba de inhumación y la estela publicada en 1927 y el catálogo de los marfiles en 1928.

Tras su fallecimiento, el interés por la necrópolis fue constante y varios investigadores han revisado los materiales, los dibujos y los datos inéditos de sus diarios de campo por él recogidos. Gran parte de sus dibujos de materiales, especialmente los marfiles y las cerámicas, fueron utilizados en obras de carácter general o en estudios monográficos de materiales concretos. A continuación, tan solo relacionamos aquellos trabajos en que se dieron a conocer materiales inéditos.

Luis Monteagudo publicó en 1953 los dibujos de varias tumbas de incineración con inhumaciones asociadas, una fosa de pira funeraria y los dibujos de los materiales que Bonsor realizó para el *Álbum Archéologique des Alcores* (Monteagudo 1953).

Muchos años después, en 1978, M.<sup>a</sup> E. Aubet publicó algunas de las cerámicas a torno conservadas en la Hispanic Society, así como un estudio monográfico de los marfiles conservados también en dicha institución (Aubet 1979). También se publicaron otros materiales como los huevos de avestruz (San Nicolás 1975; Oliva y Puya 1982), los marfiles de la colección Peláez (Puya y Oliva 1982), cerámicas a mano pintadas que se conservan en la colección de Mairena del Alcor (Aubet 1982a; Jiménez Barrientos 1986), así como otros muchos materiales ya publicados, como se verá más adelante, que fueron utilizados puntualmente en estudios diversos de carácter más amplio.

En 1986, J. C. Jiménez Barrientos presentó en la Universidad de Sevilla una memoria de licenciatura sobre la necrópolis basada, fundamentalmente, en los diarios de campo de Jorge Bonsor hasta esos momentos desconocidos. Aunque este trabajo quedó inédito desgraciadamente, publicó, sin embargo, un estudio sobre las tumbas de incineración e inhumación (Jiménez Barrientos 1990), que había dado a conocer parcialmente Monteagudo en 1953, pero en el que ofrecía una valoración de conjunto sobre los trabajos de Bonsor en la necrópolis.

En 1992, publicamos una relación de las distintas unidades de enterramiento recogidas en distintas libretas de campo conservadas en la colección Bonsor, las mismas que pudo examinar Jiménez Barrientos en su estudio (Maier 1992). En nuestro examen de la documentación pudimos individualizar y describir 38 unidades de enterramiento, muchas de ellas hasta entonces inéditas. En este estudio no fue posible publicar los dibujos, más bien apuntes de campo, de dichas estructuras funerarias, aunque sí se ofrecieron las descripciones más o menos pormenorizadas de las mismas. Todos sabemos que una descripción nunca puede ser tan elocuente y precisa como un dibujo. Por esta simple, pero importantísima razón, para este volumen hemos considerado oportuno reproducir de nuevo el catálogo de estas tumbas acompañadas esta vez por los respectivos dibujos de campo que J. Bonsor tomó en el curso de las excavaciones, así como los dibujos más elaborados. Asimismo, hemos añadido, cuando hemos contado con todas las garantías de identificación, los dibujos y fotografías de los materiales a los que se hace referencia en la documentación y que se conservan hoy en día en distintas instituciones<sup>14</sup>.

## 2. JORGE BONSOR Y LA CRUZ DEL NEGRO, LIBIOS, FENICIOS, CELTAS Y TURDETANOS

Las excavaciones de Bonsor en la Cruz del Negro, como hemos visto, se desarrollaron en dos fases diferenciadas que determinaron la evolución de su valoración cultural de la necrópolis. Los resultados de la primera fase de 1898-99 fueron los únicos que publicó y, por tanto, los que mayor proyección y repercusión tuvieron en la crítica arqueológica. Las tumbas excavadas entre 1900 y 1905 nunca fueron publicadas, a excepción de una tumba (Bonsor 1927). No obstante, sí fueron publicados los marfiles fenicios de la necrópolis reunidos, junto a los procedentes de otras necrópolis de Los Alcores, en un catálogo publicado por la Hispanic Society of America, institución que los había adquirido a principios del siglo xx, como se ha señalado (Bonsor 1928a). Esta circunstancia es determinante para que distingamos dos fases en la evolución de la valoración cultural de Bonsor sobre la necrópolis, especialmente porque sus primeras impresiones fueron publicadas y son

14. Una parte de los materiales de la Cruz del Negro se conservan en la colección Bonsor, en Mairena del Alcor, pero el mayor número de ellos se conserva en The Hispanic Society of America, en Nueva York (Bendala *et al.* 2009).



las que nos sirven de punto de partida. Las excavaciones que Bonsor llevó a cabo entre 1900 y 1905 le ofrecieron la posibilidad de adquirir un mayor conocimiento de la necrópolis y, por lo tanto, ajustar su valoración. A pesar de no publicar los resultados de estos años de trabajos, hemos podido conocer cuál fue la evolución de su pensamiento sobre la necrópolis por las opiniones vertidas en su correspondencia con distintos arqueólogos y estudiosos con los que contrastó sus hipótesis que son de gran utilidad a la hora de reconstruir su caracterización de la Cruz del Negro. Entre ellos destaca, sin duda, la discusión mantenida con Luis Siret con motivo de sus excavaciones en la necrópolis de Villaricos y Herrerías (fig. 6). Por otra parte, también es importante señalar la influencia que ejercieron sobre Bonsor las opiniones del arqueólogo francés J. Déchelette, con el que debió de intercambiar puntos de vista, según se deduce de los datos conocidos, aunque no han dejado rastro documental.

Un aspecto esencial que debemos tener muy en cuenta es el que la valoración de Bonsor de la Cruz del Negro se produce en el marco de una secuencia cultural de la que esta necrópolis forma parte y nunca de una forma aislada, independientemente. Cruz del Negro es parte de una cadena secuencial y es en esa tesitura en la que Bonsor siempre se movió.

La primera valoración de la necrópolis de la Cruz del Negro la expuso Bonsor en su obra *Les colonies agricoles preromaines de la Vallée du Betis* en 1899<sup>15</sup>, en la que dio a conocer los resultados de la exploración que llevó a cabo en Los Alcores entre 1894 y 1898 y que representan un hito en la arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir. No hemos de entrar ahora a valorar esta importante empresa arqueológica que ya hemos expuesto en otros lugares con mayor extensión a los que remitimos (Maier 1999a), pero sí señalaremos que Bonsor estableció una secuencia cultural que fundamentó principalmente en la cerámica y en los distintos tipos de tumbas y ritos funerarios que registró, aunque también tuvo en cuenta algunos materiales de indudable origen oriental y la presencia de objetos de hierro. De esta manera distinguió seis periodos que trató de correlacionar con los datos históricos conocidos y en los que el cambio cultural se produce por el dominio o influencia de determinados grupos étnicos que marcan las pautas culturales dominantes, de acuerdo con los postulados del difusionismo y de la arqueología histórico-cultural. Los dos primeros

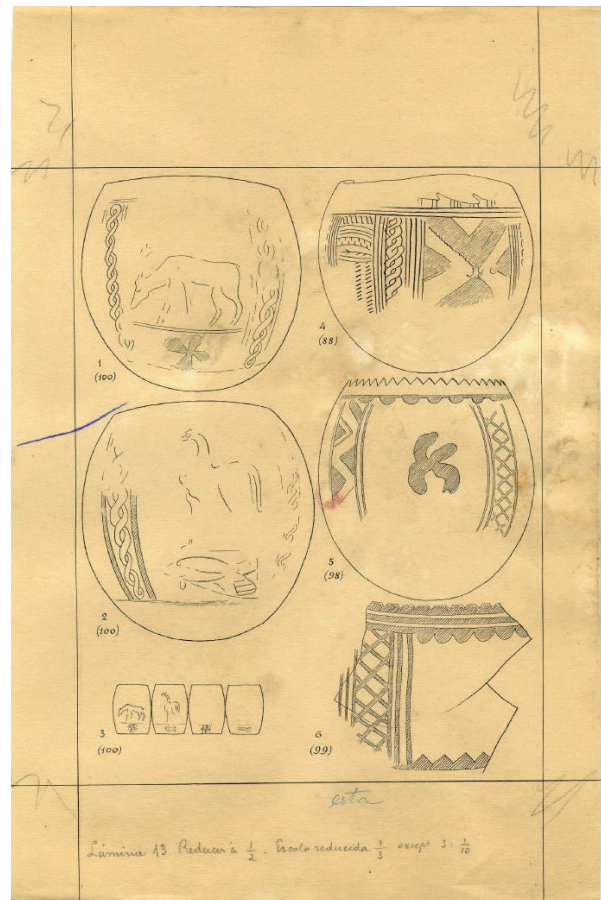


Figura 6. Lámina autógrafo de Luis Siret que representa algunos de los huevos de avestruz decorados recogidos en sus excavaciones de la necrópolis de Villaricos, Almería (foto Museo Arqueológico Nacional, Ministerio de Cultura y Deportes).

periodos caen de lleno en la prehistoria, mientras que los cuatro restantes corresponden a la protohistoria y en los que nos centraremos preferentemente.

Arranca la secuencia protohistórica en el tercer periodo, que Bonsor caracteriza principalmente por la introducción de la incineración. Atribuye esta nueva práctica funeraria a «colonos agricultores llegados de África (probablemente de origen asiático) que los Tirios implantaron en el valle» porque era en estas tumbas de incineración en las que aparecen la mayor parte de objetos de estilo oriental. Distingue dos subperiodos. El primero de ellos se caracteriza por túmulos de incineración en los que los restos son cubiertos por ánforas fenicias. El segundo por un retorno a la inhumación, rito que Bonsor consideró siempre indígena, pero en los que se mantiene la utilización del túmulo. Atribuye estos túmulos de inhumación a los turdetanos, al que considera un pueblo iniciado en la civilización oriental por su proximidad a las factorías fenicias de la costa, ya

15. A lo largo de este capítulo, siempre citaremos la versión castellana (Bonsor 1997).

que: «Llega un momento en que toda la explotación agrícola de La Vega, organizada por los incineradores, pasa a manos de nuevos dueños que no quemaban a sus muertos». Quiere relacionar este cambio con los datos históricos ofrecidos por Justino (XLIV, 5), que habla de una sublevación de los turdetanos contra los fenicios quienes «cercaron sus villas marítimas –quizás los únicos puntos del país que poseían en realidad– y que masacraron a los colonos establecidos en la campiña». Estos acontecimientos coincidirían con la dominación asiria de Tiro. Pensaba Bonsor también que sería en este periodo de «independencia turdetana» cuando los griegos visitaron Tartessos, y que la presencia griega fuera el motivo que impulsará a los cartagineses a apoderarse de todas las antiguas ciudades fenicias del litoral y, más tarde, se propusieran recuperar la campiña, para lo cual transportaron a España numerosos contingentes de libio-fenicios quienes recuperaron las antiguas explotaciones agrícolas iniciándose así un nuevo periodo (Bonsor 1997: 102).

Este nuevo periodo, el cuarto de su secuencia, se caracteriza por el retorno a la incineración en túmulo, con la particularidad que ahora los restos calcinados son depositados en urnas de cerámica negruzca con o sin asas, que se depositan junto a la fosa de la pira funeraria o en la zona central de la misma. Estos enterramientos pertenecerían de nuevo a los libio-fenicios. No obstante, es en este momento cuando sitúa una invasión de celtas «que venían de las orillas del Anas, invadieron el valle del *Betis*, masacraron a los libio-fenicios y restablecieron en su lugar a los indígenas, es decir, a los turdetanos» (Bonsor 1997: 104).

El quinto periodo se caracteriza por la desaparición de los túmulos y la aparición de un nuevo tipo de tumbas de incineración que es el que registró en la necrópolis de la Cruz del Negro y en la que la forma cerámica típica es una urna pintada con franjas y líneas de un rojo vinoso que se depositaba en hoyos junto a otras cerámicas a lado de las fosas de la pira funeraria. Bonsor atribuyó este tipo de enterramiento a un nuevo refuerzo de libio-fenicios que los cartagineses instalaron en el valle del Guadalquivir al emprender la conquista de España y que finalizó con el inicio de las guerras púnicas.

Aun estableció un sexto periodo, aunque en realidad se trataba de una subfase o, mejor dicho, la fase final del anterior, y más que por el cambio del rito funerario lo individualiza del anterior por un nuevo tipo de cerámica que denomina de estilo greco-púnico, en lo que sigue claramente al padre Delattre, introducida en España por los cartagineses y la cual,

según Bonsor, era una perfección de la hallada en la Cruz del Negro<sup>16</sup>.

Es hoy bien conocido que Bonsor planteó la hipótesis que este proceso cultural fue debido a una colonización agrícola del valle del Guadalquivir. Así, la explotación agrícola pasó sucesivamente a ser dominada por varios grupos étnicos: colonos africanos, turdetanos, libio-fenicios, de nuevo turdetanos ayudados por los celtas y, finalmente, los libio-fenicios; es decir, una alternancia en el control de la explotación agrícola por parte de los indígenas (los turdetanos) y de otros pueblos extranjeros (libio-fenicios y celtas). También es necesario subrayar que Bonsor señaló la importancia que la influencia oriental tuvo en la conformación cultural de los turdetanos.

Otro aspecto importante que se desprende de las observaciones de Bonsor al identificar étnicamente a los pobladores que se establecieron en el valle del Guadalquivir es que nunca se refiere a fenicios o cartagineses, sino a libio-fenicios. La razón de esta identificación la encontramos en las sugerencias que le ofreció el arqueólogo francés Salomón Reinach y especialmente en que en aquellos días se tenía la firme convicción que los fenicios no habían penetrado en el interior de la península ibérica, sino que se habían limitado a la fundación de ciudades y factorías en la costa y que *Gadir* fue la principal y más importante de todas ellas.

En efecto, Salomón Reinach (fig. 7), uno de los mejores conocedores de la arqueología fenicio-púnica y uno de los principales detractores de la teoría del *ex oriente lux*, le indica a Bonsor en una carta remitida el 14 de mayo de 1896 que: «Creo que está en proceso de volver a hacer descubrimientos de la más alta importancia, pero yo, en su lugar, me referiría a *libio-fenicios*. En general, lo mejor sería abstenerse de establecer distinciones étnicas en tanto que no se hayan descubierto inscripciones».

No podemos precisar hasta que punto le influyó esta observación de Reinach, pero lo que es evidente es que Bonsor se decantó por identificar étnicamente en un primer momento las tumbas de las necrópolis de Los Alcores, incluida la de la Cruz del Negro –y esta quizá más que ninguna otra–, con los libio-fenicios. En cualquier caso, el significado que Bonsor otorgaba a los libio-fenicios no deja de ser ambiguo, ya que no hay que relacionarlo con los libio-fenicios históricos mencionados en las fuentes,

16. Esta cerámica que denomina greco-púnica no es otra que la que hoy se considera turdetana, aunque también incluye en este grupo la cerámica orientalizante con decoración figurada de la que halló algún fragmento en Entremalo (Bonsor 1997: 97, 161-174).

sino con gentes africanas en la órbita cultural de los fenicios y de los cartagineses y más bien de estos últimos que de los primeros, es decir, no eran fenicios de Tiro ni cartagineses de Cartago, sino africanos -libios- iniciados en la civilización oriental, por utilizar sus formas de expresión.

Como hemos visto, Bonsor situó a la Cruz del Negro en los últimos momentos de su secuencia cultural. A pesar de su extensión, nos parece oportuno reproducir aquí la primera descripción general de la necrópolis y el rito empleado que ofreció ya que fue, como hemos indicado oportunamente, la única publicada y la que ha constituido la referencia principal para los investigadores:

«Las sepulturas de la Cruz del Negro presentan una fosa rectangular poco profunda donde se había construido el hogar para la incineración. El cuerpo quemado, los huesos imperfectamente consumidos -cuya blancura permitía distinguirlos de los carbones- eran retirados de la fosa uno a uno para introducirlos en las urnas.

Al lado de la fosa de incineración hay un agujero en plena tierra, que tiene alrededor de un metro de diámetro y sesenta centímetros de profundidad que servía para enterrar la urna junto a numerosos vasos y carbones procedentes de la hoguera.

La urna cineraria de la Cruz del Negro presenta una panza esférica, con doble asa. Está decorada por franjas y líneas pintadas de rojo vinoso. La alfarería que acompaña a esta urna se compone generalmente de un gran recipiente con ancha abertura, copas, fuentes y platos. Estas alfarerías se habían roto intencionalmente o habían sido perforadas con pequeños agujeros, sin duda para impedir que pudieran ser empleadas de nuevo.

Una treintena de sepulturas de este género han sido registradas en la Cruz del Negro. Se encuentran localizadas a lo largo de líneas paralelas, orientadas de Este a Oeste, a dos metros aproximadamente de intervalo<sup>17</sup>. Los huesos hallados en dos de estas fosas, por no haberse recogido dentro de ninguna urna, nos permitieron reconocer sobre la capa de carbón, el cuerpo a medio consumir, con el cráneo en dirección Oeste» (Bonsor 1997: 59).

Al comentar los diversos materiales que recogió en la necrópolis, señala el origen oriental, fenicio, de algunos de ellos como, por ejemplo, los anillos con engaste móvil de los que señala paralelos en Chipre

17. Aunque no lo cita expresamente, Bonsor debió tener presente las descripciones de la necrópolis de Almedinilla publicadas por Luis Maraver, ya que este ofrecía idéntica disposición de las tumbas, además de ser uno de los pocos paralelos con lo que podía contar en la Península (Maraver 1867).



Figura 7. El arqueólogo y semitista francés Salomon Reinach (1858-1932), que influyó en las opiniones de Bonsor sobre la Cruz del Negro a través de la correspondencia que ambos mantuvieron. La foto, de hacia 1901, está tomada en el Museo de St. Germain en Laye, donde fue conservador (foto Réunion des Musées Nationaux).

y sobre todo en Tharros (Cerdeña), pero también en la necrópolis de Cádiz, que pudo examinar personalmente (fig. 8), las urnas pintadas y otras cerámicas que reproduce en las figs. 107-116, además de lucernas de una y dos mechas de las que señala paralelos en Cartago y Cerdeña y, por supuesto, los marfiles.

Así, concluye que: «La alfarería, las lámparas y sobre todo los objetos encontrados en la urna, que comprenden sortijas de engastes móviles y peines grabados, no nos permiten ya dudar del origen púnico de estas sepulturas» (Bonsor 1997: 103). He aquí que para Bonsor púnico y libio-fenicio eran una misma cosa ya que utiliza ambos términos indistintamente.

Conviene, llegados a este punto, examinar las fuentes históricas y arqueológicas en las que se fundamentaron las conclusiones y valoración cultural que Bonsor estableció sobre las necrópolis de Los Alcores y en concreto de la Cruz del Negro.

En el momento en el que Bonsor emprendió sus investigaciones sobre la protohistoria del Bajo





Figura 8. Joyas de la necrópolis de Cádiz fotografiadas por J. Bonsor. El anillo con entalle aparece en la fig. 90 de *Les Colonies* para acompañar al escaraboide que se halló en la tumba III (Fondo Bonsor, Archivo General de Andalucía).

Guadalquivir, la cuestión de los fenicios era un tema de máxima efervescencia en la arqueología europea, dado el enfrentamiento entre el modelo histórico oriental (*ex oriente lux*) y el modelo histórico heleno (*mirage oriental*), respecto a las raíces culturales de Europa, cuyos máximos representantes fueron el arqueólogo Salomón Reinach (1858-1932) y el historiador italiano de origen alemán Julius Beloch (1854-1929), lo que incrementó el interés por cualquier descubrimiento arqueológico en este sentido.

La visión que se tenía sobre los fenicios en Europa era muy distinta según los países. En Inglaterra, se los tenía en gran consideración mientras que en Francia y Alemania se mostraba cierta hostilidad hacia ellos, que fue subiendo de tono a lo largo del siglo XIX y principios del XX, a medida que fue imponiéndose el modelo histórico filohelénico, el cual, contradiciendo la autoridad de las fuentes, negaba el papel de los fenicios en la formación de Grecia y su influencia en el Mediterráneo Occidental, anterior al siglo VIII a. C. (Bernal 1993: 311-363; Aubet 1994: 176-177). La razón fundamental de este pensamiento no es sino la justificación histórica de la no

dependencia de Europa de Oriente en relación con sus raíces culturales, en el marco de la política colonialista e imperialista, que se encontraba en su momento de mayor expansión.

La arqueología de los fenicios comenzó a ser conocida a partir de la segunda mitad del siglo XIX en la que los franceses tuvieron un protagonismo superior a otras naciones por su presencia colonial, tanto en el Próximo Oriente (Líbano) como en el norte de África. Así se considera a Ernest Renan (1823-1892) un pionero en estos estudios por su obra *Mission en Phénicie* (1864) y por ser el promotor del *Corpus Inscriptionum Semiticarum*, que fueron continuados por Charles Clermont-Ganneau (1846-1923). Casi simultáneamente, un diplomático norteamericano de origen italiano, Luigi Palma di Cesnola (1832-1904), llevó a cabo numerosas excavaciones en Chipre con escaso rigor científico, primero a su costa entre 1866-70 y posteriormente como representante del Museo Metropolitano de Nueva York entre 1873-76, cuyos resultados publicó en *Cyprus its Ancients Cities, Tombs and Temples* (1877). Poco después apareció el tomo III de la monumental obra de Georges Perrot y Charles Chipiez, *Histoire de l'art dans l'antiquité* (1882), dedicado al arte fenicio y chipriota, una de las principales obras de referencia.

La presencia francesa en el norte de África fue también decisiva para el conocimiento de la arqueología de Cartago, que fue fundamental y de mucha mayor influencia que la propiamente fenicia debido al peso que tenía la imagen de la antigua metrópoli africana como referente cultural en Europa occidental. Cartago formaba parte sustancial de la conciencia histórica, cultural y mítica de Europa que no se proyectaba solo desde la Antigüedad, en la que destacan las figuras de los Barca, sino también por la enorme figura de San Agustín. No es casualidad que la novela *Salambó* (1858) de Gustave Flaubert, quien visitó las ruinas de la antigua ciudad, alcanzara un gran éxito en la sociedad europea del siglo XIX, fascinada, por otra parte, con el orientalismo<sup>18</sup>.

El fundador de la arqueología cartaginesa fue el padre Alfred Louis Delattre (1850-1932). Destinado en 1875 a Cartago, Delattre fue el encargado de dirigir las excavaciones en la colina de Byrsa con motivo de la construcción en aquel lugar de una catedral. Desde 1878, se centró en la excavación de las necrópolis púnicas, en las que continuó trabajando hasta 1886 y cuyos resultados publicó en la década siguiente y que constituyeron una referencia

18. Sobre la imagen de Cartago en la cultura europea véase el catálogo de la exposición *Carthage l'histoire sa trace et son écho*, Paris 1995.



fundamental para el conocimiento de la arqueología fenicia en el Mediterráneo central y occidental. En Cartago, también excavaron Salomon Reinach, que fue secretario de la Comisión Arqueológica de Túnez, y Ernest Babelon en 1883-84, con los que Bonsor mantenía contacto.

En España, el conocimiento sobre los fenicios se circunscribía casi exclusivamente al origen de la escritura peninsular, ya que existía un común acuerdo sobre su origen fenicio (Alvar 1994: 153-169). La situación sufrió un cambio de orientación durante el siglo XIX. Como se puede comprobar en la *Historia de España* de Modesto Lafuente, por ejemplo, aún se mantenía una imagen positiva de los fenicios, a los que se hace responsables de la fundación de diversas ciudades, tanto en el litoral como en el interior del país, y se les caracteriza como gentes de paz dedicados al comercio y transmisores de la civilización. No es el caso, por el contrario, de los cartagineses, en contra de la tradición ilustrada española<sup>19</sup>, a los que se consideraba un pueblo codicioso y mezquino (Ferrer 1996a; 2002-03). En cualquier caso, la arqueología hispano-fenicia era casi por completo desconocida a finales del siglo XIX. Así, E. Hübner manifestaba en 1888 el desconocimiento en que se encontraba la arqueología hispano-fenicia al afirmar: «El día en que se descubriera el primer monumento cierto de arte fenicio en España, formaría una época en la arqueología peninsular» (Hübner, 1888: 222). No obstante, en 1887 se descubrió la necrópolis de Punta de la Vaca y el magnífico sarcófago antropoide que fue estudiado por varios anticuarios españoles (Rada y Delgado, 1887: 337; Rodríguez de Berlanga, 1888: 33) y por el propio Hübner (1888: 217), a los que se añadieron nuevos descubrimientos que publicó el francés Louis de Laigue (1892; 1898). Estos estudios, que se pueden considerar el punto de arranque de la arqueología fenicia en la península ibérica, se completaron con los importantes descubrimientos que Bonsor efectuó en Los Alcores sevillanos.

Jorge Bonsor utilizó como principal fuente histórica sobre los fenicios la obra del historiador inglés de las culturas del Próximo Oriente, George Rawlinson (1812-1902), *History of Phoenicia* (1889), una de las más importantes que se escribieron en la Europa finisecular, que sin duda superó a las de Karl Movers (1841-1850) y John Kenrick (1855), ya que

tuvo en cuenta el material arqueológico hasta entonces exhumado y los estudios sobre el arte fenicio. Rawlinson, como en general los historiadores y arqueólogos ingleses, mostró una actitud realmente favorable hacia este pueblo semita. A ello debemos añadir que estaba muy extendida en Inglaterra la creencia de que los fenicios habían llegado incluso hasta la región de Cornualles, concretamente a las Islas Scilly, que los eruditos británicos identificaban con las Cassitérides, cuestión que precisamente intentó dilucidar Bonsor, y que constituyó la razón de su nueva investigación arqueológica que emprendió inmediatamente después de dar por finalizada la primera fase de su exploración de Los Alcores (1899-1902) (Maier 1999a: 133 y ss.).

Para el material arqueológico Bonsor utilizó principalmente los trabajos de G. Perrot y C. Chipiez, Cesnola y el P. Delattre, como se puede comprobar en las referencias bibliográficas de su trabajo, además de los consejos y sugerencias de Salomon Reinach, pero también pudo estudiar personalmente los materiales exhumados en la necrópolis de Cádiz y otros materiales del Próximo Oriente que habían engrosado las colecciones del Museo Británico procedentes de las misiones británicas en Oriente Medio.

Pese a todos estos primeros trabajos desarrollados tanto en el Próximo Oriente como en el Mediterráneo y el norte de África, la arqueología fenicio-púnica era aún muy mal conocida a finales del siglo XIX. En cualquier caso, hay dos ideas que se derivaron de estas primeras investigaciones que debemos señalar, ya que son importantes para el tema que nos ocupa. La primera de ellas es que los fenicios practicaron fundamentalmente la inhumación y no la incineración. La segunda fue el protagonismo que se le otorgaba a Cartago para todo lo relativo a la presencia fenicia en el Mediterráneo occidental y especialmente en la península ibérica. Ya hemos visto que Bonsor atribuyó las necrópolis de Los Alcores a los libio-fenicios por sugerencia de Salomón Reinach. Pero el que Bonsor se decantase finalmente por aceptar esta hipótesis se debió también a los factores que mencionamos. El que la mayoría de las necrópolis de Los Alcores fueran de incineración descartaba automáticamente a los fenicios. Desde luego también el tipo de tumba. El hallazgo de la necrópolis de Cádiz fue también decisivo en este sentido, ya que a esta sí se la consideraba fenicia, lo que fortaleció la idea de que los fenicios nunca se asentaron en el interior de Andalucía.

Por otra parte, algunos de los materiales orientales recogidos, como los huevos de avestruz y los

19. El mejor ejemplo de lo que decimos lo encontramos en la obra de Pedro Rodríguez Campomanes, *Antigüedad marítima de la República de Cartago, con el periplo de su general Hannón traducido del griego e ilustrado*, Madrid, 1756, una de las mejores obras que se escribieron en el siglo XVIII sobre los cartagineses en España.

marfiles, indicaban para Bonsor un indudable origen africano: «Entre los objetos exóticos que componen el mobiliario funerario de los incineradores, objetos que revelan un origen extranjero y por supuesto africano, debemos citar los huevos de avestruz y los marfiles grabados» (Bonsor 1997: 99). Apenas conocida la fase que hoy en día se ha denominado fenicia arcaica, Cartago constituyó el principal referente arqueológico y cultural. Sin embargo, de la hipótesis planteada por Bonsor se deduce que las necrópolis de Los Alcores, y entre ellas la Cruz del Negro, no era posible atribuirlos a los fenicios ni a los cartagineses, aunque se aproximaban más a esta última órbita cultural, por eso la elección de un justo medio, los libio-fenicios, aunque no debemos olvidar que Bonsor también atribuyó algunas tumbas a los turdetanos, a un sustrato indígena siempre presente, aunque muy influenciado por lo oriental. A ello debemos sumar también un tercer componente étnico y cultural, los celtas. La invasión de los celtas de Andalucía fue un hecho histórico que Bonsor siempre tuvo presente en sus estudios e investigaciones a lo largo de su vida. Sin embargo, en un primer momento cometió el error de relacionarlos con la cerámica campaniforme, hipótesis que fue inmediatamente rectificadas y, como veremos, tuvo cada vez mayor peso en sus interpretaciones posteriores.

### 3. LAS EXCAVACIONES DE 1900-1905

Las excavaciones entre 1900 y 1905 fueron realmente provechosas y ampliaron sensiblemente el conocimiento de la necrópolis, lo que le llevó a modificar, más bien a precisar, su valoración cultural de la Cruz del Negro. Aún así, también intervinieron otros factores que hemos de tener en cuenta.

Aún en 1901 Bonsor continuaba manteniendo los puntos de vista expuestos en *Les colonies*, tal y como se desprende de una carta enviada al arqueólogo portugués Antonio dos Santos Rocha el 3 de febrero de 1901: «Debo decir por mi parte que he notado claramente que estos productos que aparecen el valle del Guadalquivir más que en la época que precede a la segunda guerra púnica deben relacionarse, a mi parecer, con las colonias de libio-fenicios que los cartagineses establecieron en la Península» (Maier 1999b: 42). Esta situación comenzó a cambiar a partir de 1902.

Además de las excavaciones de la Cruz del Negro, Bonsor también emprendió simultáneamente nuevas exploraciones en las necrópolis de otro importante sector de Los Alcores: en las proximidades de la Mesa de Gandul. En la campaña de excavaciones

que llevó a cabo en este yacimiento en 1902, descubrió la llamada necrópolis del Camino de Gandul, una necrópolis muy similar a la Cruz del Negro (Maier 1996 y 1999a: 186-190; Sánchez Andreu y Ladrón de Guevara 2000). Este hallazgo fue sumamente importante, aunque nunca fue publicado, ya que reforzó bastante su idea de que se trataba de un tipo de necrópolis específico y que este tipo de necrópolis correspondía al periodo de influencia cartaginés y, es más, que marcaban el inicio de este periodo, esto es, desde el siglo VI a. C. hasta un momento anterior a las guerras púnicas, cronología que siempre mantuvo y fue aceptada hasta bien entrado el siglo XX como se verá más adelante.

Por otra parte, es también necesario señalar la importancia que tuvo en la consolidación de esta clasificación cultural la reexcavación de la necrópolis ibérica de Almedinilla (Córdoba), dirigida por P. Paris y A. Engel en 1904, con los que mantenía un estrecho contacto. Aunque Bonsor ya conocía los viejos trabajos de Luis Maraver en la necrópolis, los trabajos de sus colegas le confirmaron dos cuestiones importantes. Por una parte, que este tipo de necrópolis, por la comparación de sus materiales y ajuares, era posterior a la Cruz del Negro y, por otra, que este tipo de necrópolis no se encontraban en Los Alcores ni en todo el Bajo Guadalquivir (fig. 9).

De todas las tumbas que excavó en estos años, lo que más atrajo el interés de Bonsor fue el hallazgo de diversas tumbas de incineración con inhumaciones asociadas, ya que son las únicas de las que realizó dibujos a limpio. En efecto, registró un total de once inhumaciones de adultos, que identificó por la forma de la cadera con mujeres, e infantiles, todas ellas asociadas a incineraciones. Por la anómala posición del cadáver y la evidente asociación a incineraciones dedujo que se trataba de sacrificios humanos rituales, aunque de ello nunca sacó ninguna conclusión que modificara su valoración cultural de la necrópolis.

Por el contrario, un aspecto decisivo fue la cuestión de la invasión celta de Andalucía, un hecho histórico-cultural al que Bonsor siempre prestó mucha atención y que será fundamental en su valoración cultural de la Cruz del Negro. Ya en *Les colonies* Bonsor recogió una serie de nombres de ciudades que revelaban su origen celta según lo manifestado por Plinio y que suponían la prueba inequívoca de la invasión de pueblos celtas en Andalucía Occidental, es decir, de los llamados *Celtici*. Tras su error de identificar la cerámica campaniforme con los celtas, buscó Bonsor la constatación arqueológica entre los materiales que él catalogó como indígenas

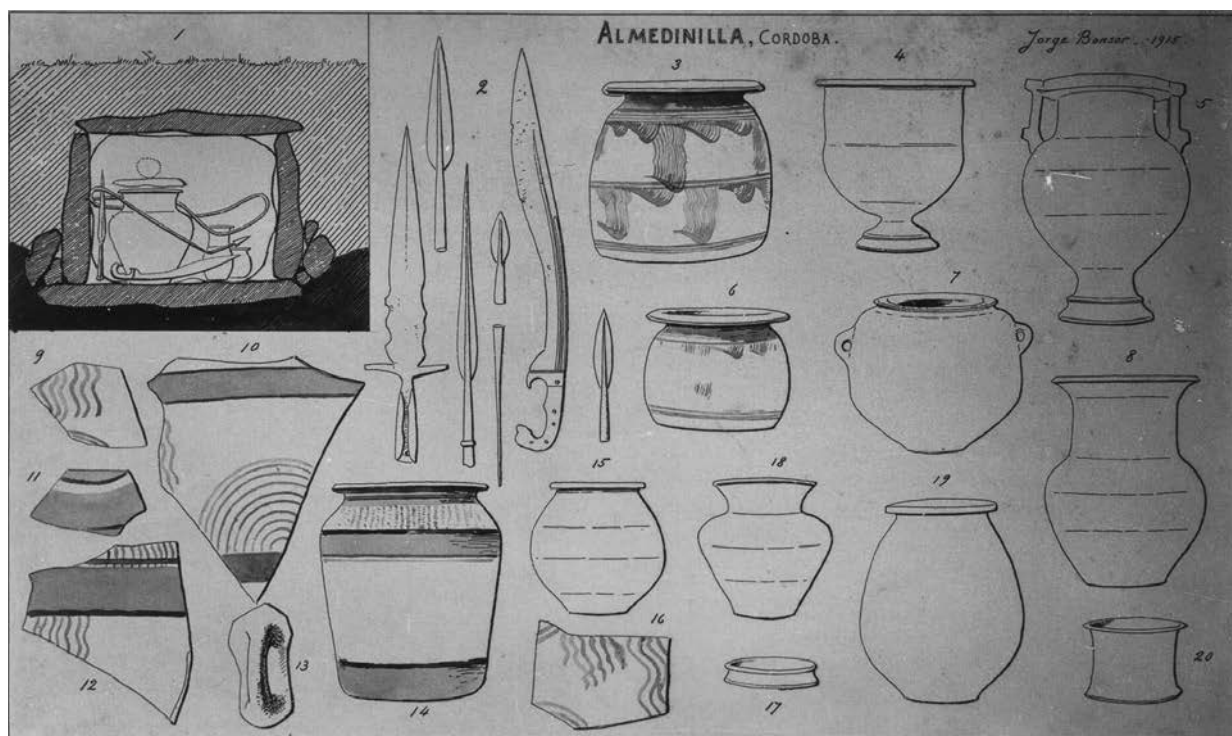


Figura 9. Tumba y materiales de la necrópolis de Almedinilla (Córdoba) dibujados por J. Bonsor (Fondo Bonsor, Archivo General de Andalucía).

de las necrópolis protohistóricas, la mayor parte de ellos a mano. Existía más o menos el consenso en aquellos momentos que dicha penetración se había producido vía Galicia y Portugal a comienzos del siglo vi a. C.<sup>20</sup> Esta fecha le obligaba, por tanto, a buscar estos materiales en la única necrópolis a la que había asignado esta datación, que no era otra que la Cruz del Negro. Así, Bonsor relacionó el material que no era claramente púnico en la necrópolis con los celtas y acuñó el término *celto-púnico*. Es complicado establecer en qué momento acuñó este término y por tanto la nueva caracterización cultural de la necrópolis de la Cruz del Negro. Sabemos por su correspondencia que Bonsor trató de obtener información sobre esta cuestión en 1901 con el arqueólogo portugués Antonio dos Santos Rocha, ya que se consideraba a los lusitanos un pueblo céltico y, por lo tanto, era allí donde había que buscar las pruebas arqueológicas, especialmente porque se suponía, de acuerdo

20. Como el propio Bonsor indica, las fechas de la invasión celta de la península ibérica no estaban claras, ya que Martins Sarmiento las situaba entre los siglos v y iv, Arbois de Jubainville en el siglo v y Hübner en el iv a. C. Por otra parte, solo se admitía una única invasión, ya que aún no se habían descubierto los campos de urnas. Aún así, ya había comenzado a valorarse la importancia cultural de la civilización celta en amplias regiones de Europa, entre ellas en España, que fue en aumento a lo largo del siglo xx.

con Plinio, que era de Lusitania de donde procedían los celtas que penetraron en el Bajo Guadalquivir, pero no parece que obtuviera una respuesta satisfactoria a sus inquietudes (Bonsor 1997: 196).

Lo que sí es evidente es que hacia 1905 Bonsor ya había tomado una determinación en este sentido, como se puede comprobar en una carta a Huntington al mencionarle el préstamo de materiales y dibujos para la exposición del Petit Palais: «Les envié una caja con antigüedades prerromanas (fenicias, celtas y púnicas) procedentes de las excavaciones que realicé para la Sociedad. Siento decir que no son muy notables, pero por otra parte he enviado también una serie de dibujos que prueban la existencia de sacrificios humanos (en su mayor parte mujeres y niños) durante la ocupación celto-púnica» (Maier 1999b: 148 y s.).

Desde entonces no cupo duda para Bonsor de que la necrópolis de la Cruz del Negro era celto-púnica, desechando el término libio-fenicio, que ya no utilizó más, y establecer su cronología entre los siglos vi y iii a. C.

En 1908, se produjo un hecho decisivo que marcó la opinión de Bonsor sobre las necrópolis de Los Alcores en general y de la Cruz del Negro en particular. Este hecho fue la publicación de un artículo de uno de los más destacados arqueólogos-prehistoriadores





Figura 10. J. Déchelette (1862-1914), que se refirió a los hallazgos de la Cruz del Negro en sus trabajos de periodización prehistórica de la península Ibérica y valoró muy positivamente los trabajos de Bonsor (foto Musée des Beaux Arts et d'Archéologie J. Déchelette, Roanne).

franceses de aquellos momentos, Joseph Déchelette (fig. 10), en la *Revue Archéologique* con el título *Essai sur la chronologie préhistorique de la Péninsule ibérique* (Gran-Aymerich 2001: 206 y ss.).

La importancia que Bonsor concedió a este trabajo y en especial a su valoración de la necrópolis de la Cruz del Negro se desprende de una carta dirigida a A. M. Huntington el 2 de junio de 1909:

Un arqueólogo francés muy competente, J. Déchelette acaba de publicar en la *Revue Archéologique* de París, un artículo de la mayor importancia, bajo el título: «Chronologie préhistorique de la Péninsule Ibérique» (en 3 números T. XII, pp. 219-265; T. XII, pp. 390-415; T. XIII pp. 15-38). Refiriéndose a la Cruz del Negro, dice: «la découverte des sépultures celto-puniques de Carmona comptera parmi des sépultures plus importants trouvailles de l'archéologie péninsulaire». Él fija la fecha en el principio del siglo VI a. C., cuando los celtas invadieron Andalucía, introduciendo en el país la utilización de las armas de hierro y la incineración de los muertos. Es reconocida como una de las típicas

necrópolis de la primera Edad del Hierro en Andalucía.

Ud. ha visto en París algunas de las hojas del álbum que estoy preparando sobre la Cruz del Negro. Debo decir que casi todo lo que encontré allí se encuentra actualmente en la Hispanic Society. ¿Me permite sugerirle que todos los objetos procedentes de dicha necrópolis los conserve separados del resto de la colección?

En dicho artículo, en el que dicho sea de paso se ofrece una muy favorable crítica y acogida a los trabajos e investigaciones de Bonsor en Andalucía, exponía Déchelette varias opiniones basadas en el método comparativo, que, pese a su extensión, creemos necesario transcribir por la repercusión que tuvieron en el pensamiento de Bonsor y en general entre algunos arqueólogos españoles muchos años más tarde, como tendremos ocasión de comprobar más adelante.

En líneas generales pensaba el arqueólogo francés sobre la Primera Edad del Hierro en España que «(...) les éléments les plus caractéristiques de la civilisation du premier âge du fer sont vraiment d'origine celtique. En effet, la pièce la plus importante de l'armement, l'épée, et l'un des objets les plus caractéristiques du costume ou de la parure, la fibule, appartiennent l'une et l'autre aux peuples celtiques. La même origine se reconnaît pour le dispositif des sépultures» (Déchelette 1908: 390).

Y donde Déchelette encontraba la mejor prueba de esta hipótesis era precisamente en los materiales y estructuras exhumadas por Bonsor en Los Alcores. Así, no duda del carácter celta de los túmulos sevillanos, y aunque admite que se trata de un «peuple profondément pénètre, il est vrai, par la civilisation punique», considera que «mais qui si était prient de souche sémitique» (Déchelette 1908: 391).

Por otra parte, se mostraba en desacuerdo con la hipótesis de Bonsor, que atribuía a los colonos agricultores venidos de África, pero de origen asiático, instalados por los tirios en el valle del Guadalquivir la introducción de la incineración. Esgrime dos argumentos en contra de esta hipótesis. El primero de ellos era «que le rite funéraire adopté par les Phéniciens, ainsi que le dispositif de leurs sépultures, différent absolument de ce que nous rencontrons ici. Les Phéniciens n'ont pas incinéré leurs morts avant la quatrième ou le troisième siècle. Soit en Syrie, leur propre territoire, soit dans leurs nombreuses colonies échelonnées sur le littoral méditerranéen, ils demeurent long temps fidèles au rite de l'inhumation»

(Déchelette 1908: 391-392). Esto nos indica ciertamente, como hemos señalado más arriba, que la idea que los fenicios eran inhumadores tenía un gran peso. De hecho, Déchelette consideraba la necrópolis de Doümiés sincrónica de las de Los Alcores.

El segundo argumento expuesto fue que «nous ne rencontrons jamais la sépulture tumulaire chez les sémites, Sidoniens, Tyriens ou Carthaginois» (Déchelette 1908: 392). En consecuencia, concluye que «les tombes des Alcores sont, au contraire, absolument semblables aux sépultures protohistoriques des pays celtiques» (Déchelette 1908: 393), y más adelante dice con rotundidad: «En réalité, les motillas de l'Andalousie marquent la limite sud-ouest de la vaste zone des terres funéraires celtiques» (Déchelette 1908: 393). Así mismo, considera célticos también algunos elementos de los ajuares como las fíbulas de doble resorte y las de pie vuelto con botón terminal. Por otro lado, considera importaciones fenicias los objetos de marfil, el brasero y el oinócoe del túmulo de la Cañada de Ruiz Sánchez.

En consecuencia, proponía una clasificación mixta para estas necrópolis que será la que utilizará Bonsor a partir de entonces y la que prevalecerá durante algunos años:

La découverte des sépultures celto-puniques de Carmona comptera parmi les plus importantes trouvailles de l'archéologie péninsulaire. D'une part, elle démontre que l'influence punique, dès le VI<sup>e</sup> siècle avant J.C. n'était pas limité à la zone du littoral dans le sud de l'Espagne, mais avait déjà pénétré l'intérieur. D'autre part, elle nous procure sur la date de l'invasion celtique en Ibérie des données qui s'accordent assez bien avec celles de l'histoire et de la linguistique (Déchelette 1908: 398)<sup>21</sup>.

Las teorías de Déchelette tuvieron cierta repercusión en el pensamiento de Bonsor, ya que desde entonces admitió –en realidad ya lo había hecho antes– esta dualidad cultural y étnica que parecían revelar las necrópolis de las poblaciones del Bajo Guadalquivir. Y esta es una idea que ha permanecido siempre con distintos matices. Para Bonsor, supuso la confirmación de la hipótesis que entonces manejaba. No obstante, Bonsor no se mostró

21. Es posible que este término fuera acuñado por Bonsor y de él lo tomara Déchelette. Aunque no ha quedado constancia en su correspondencia es muy posible que ambos arqueólogos se conocieran personalmente, ya que Bonsor acudía con regularidad a París, y tuviera ocasión de discutir con el arqueólogo francés sus puntos de vista.

totalmente de acuerdo con las teorías propuestas por su colega francés, como se puede constatar en la correspondencia que mantuvo con Luis Siret en estos años: «El señor Déchelette no habla en su estudio nada más que de los túmulos de incineración, que él relaciona con la invasión céltica. No dice nada de los otros y, sin embargo, estos últimos de inhumación, son los más importantes de todos los grupos. Son generalmente más elevados, o aparecen situados sobre la parte más elevada del terreno»<sup>22</sup>. Y en una carta anterior a A. M. Huntington (Mairena del Alcor, 3-3-1908), al describirle la excavación de uno de los túmulos de la necrópolis de Santa Lucía, le decía: «Llevo explorados unos 80 túmulos de este tipo, túmulos que cubren una tumba con un cuerpo enterrado, pero de todos ellos, únicamente, 5 tumbas fueron encontradas intactas. Estas contienen generalmente: armas, broches de cinturón, fíbulas y varios interesantes ornamentos de oro, plata y bronce esmaltado. Remonto estas tumbas a la época de la invasión céltica» (Maier 1999b: 162). En efecto, para Bonsor los túmulos de inhumación eran los más importantes de todos, tanto por su tamaño como por los ajuares, y no los de incineración –que son a los que se refiere Déchelette–, que los consideraba más antiguos, ya que tenía la convicción de que eran estos los que había que atribuir al periodo de la invasión céltica y no aquellos. Podemos constatar una evolución en este sentido en su pensamiento respecto a 1899, en que consideraba que los túmulos de inhumación correspondían a los turdetanos (indígenas iniciados en la civilización oriental). A pesar de estas precisiones, Bonsor consolidó, según se puede comprobar en sus diarios de campo y cuadernos de notas, el término «celto-púnico» al ser aceptado por Déchelette. Este hecho revelaba que en la necrópolis de la Cruz del Negro se constataba una cultura de carácter mixto sometida a dos influjos culturales, pero indígena, un procedimiento típico del difusionismo en la interpretación de las culturas arqueológicas.

Fue entonces cuando Bonsor retomó la idea de publicar los materiales de la Cruz del Negro y comenzó a dibujar dichos materiales con el fin de confeccionar un álbum monográfico sobre la necrópolis de los que le llegó a mostrar a A. M. Huntington algunos dibujos en París, como hemos señalado más arriba.

Todas estas ideas son las que quedan reflejadas también en la interesante discusión epistolar que J. Bonsor y L. Siret mantuvieron entre 1907 y 1910 con

22. Carta de Jorge Bonsor a Luis Siret, 17-7-1909 (Maier 1999b: 91 s., n.º 167).

motivo de la publicación del arqueólogo belga de otro de los grandes espacios funerarios protohistóricos descubiertos en estos primeros lustros del siglo xx, las necrópolis de Villaricos y Herrerías.

En 1907, Siret también estaba de acuerdo con que en estas necrópolis se observaba una clara mezcla cultural: «Se comprueba la mezcla de dos civilizaciones: las alfarerías que usted acertadamente llama indígenas (urnas cinerarias y demás), las fíbulas con arco de serpentina, las de tipo murciano (más recientes) –las de tipo local– las pulseras con botones terminales y probablemente las cuentas sencillas de ágata, representan el elemento indígena y se relacionan con la civilización celta; lo restante es en general de los cartagineses. Nos interesa mucho comprobar esta mezcla y precisar su fecha. Estas necrópolis son anteriores a las de tipo Almedinilla que datan de los siglos IV al II»<sup>23</sup>.

En este último punto también coincidía Bonsor por varios factores que diferenciaban claramente ambos tipos de necrópolis y que evidenciaban además su antigüedad respecto a aquellas:

Creo como Ud. que las necrópolis del tipo de la Cruz del Negro son más antiguas que las de Almedinilla. En la Cruz del Negro he encontrado puntas de lanza de bronce y hierro con talón, pero ningún sable con las características de los que aparecen en Almedinilla. Las urnas de la Cruz del Negro están decoradas a base de bandas y, a veces, entre las bandas aparecen círculos o unas cruces. El Sr. Paris ha venido a ver mis cerámicas y he podido, yo mismo, de paso para Burdeos, examinar los vasos que él llama ibéricos. Esta cerámica es mucho más suave, más fina y tiene un tono blanquecino. No he visto nunca nada parecido por aquí. La creo también posterior a la Cruz del Negro ¿No cree Ud. que esta decoración micénica se remite a la influencia griega en la costa oriental de la Península? Puede que esta cerámica no exista en esta región del Guadalquivir que estuvo influida, desde muy pronto, por los fenicios y cartagineses<sup>24</sup>.

En el verano de 1908, L. Siret le remitió a Bonsor la memoria sobre Villaricos y Herrerías que había

sido publicada por la Real Academia de la Historia. En la carta de acuse de recibo le dice:

En este momento me preocupo de formar un gran álbum con todos los objetos recogidos en la Cruz del Negro. Como esta colección seguro que le interesa confío poder mostrársela algún día, bien por su visita o bien por que vaya a verle con mi álbum<sup>25</sup>.

La elaboración de este álbum que nunca concluyó, aunque si efectuó varios dibujos de la cerámica a mano y a torno, los cuchillos de hierro y las pulseras de bronce (fig. 11), fue con motivo de la valoración de Déchelette.

En su obra sobre Villaricos y Herrerías, Luis Siret no publicó más que una parte de las necrópolis en la que continuó excavando en los años posteriores. En esta etapa, modificó sus puntos de vista y planteó una nueva interpretación cuyo aspecto más novedoso fue el intentar derribar la idea de la exclusiva tradición inhumadora que se atribuía a los fenicios. Estas ideas que expuso a Bonsor en varias cartas en 1909 fueron publicadas en un artículo que apareció en este mismo año titulado «Tyriens et Celtes en Espagne» (Siret 1909), un título, por otra parte, revelador. Como muy bien indica el arqueólogo belga, y pese al importante, aunque muy escaso, avance en los estudios y las excavaciones de yacimientos protohistóricos en distintas regiones de España, la Primera Edad del Hierro era muy mal conocida. Pero, como hemos señalado, lo más original, y en cierto modo revolucionario en aquellos momentos, fue el plantear, según sus observaciones en las tumbas de la necrópolis de Villaricos, que los fenicios practicaron la incineración. Así, le planteó a Bonsor que las tumbas de la Cruz del Negro eran fenicias, que Siret denominaba tirias. Merece la pena, pese a su longitud, reproducir aquí sus ideas al respecto porque fueron de una cierta importancia para el avance de la investigación sobre la arqueología hispano-fenicia. A la pregunta de Bonsor si había encontrado túmulos de incineración e inhumación en Villaricos, el ingeniero belga le responde:

Túmulo para incineración e inhumación: nunca he encontrado verdaderos túmulos, pero tengo varios casos de fosas de incineración, idénticas a su figura 75 (pág. 79). A veces contienen una lámpara fenicia con dos

23. Luis Siret a Jorge Bonsor, Almagrera, 11-10-1907 (Maier 1999b: 86, n.º 154).

24. Jorge Bonsor a Luis Siret, 27-10-1907 (Maier 1999b: 86-87, n.º 155).

25. Jorge Bonsor a Luis Siret, 30-8-1908 (Maier 1999b: 89-90, n.º 161).



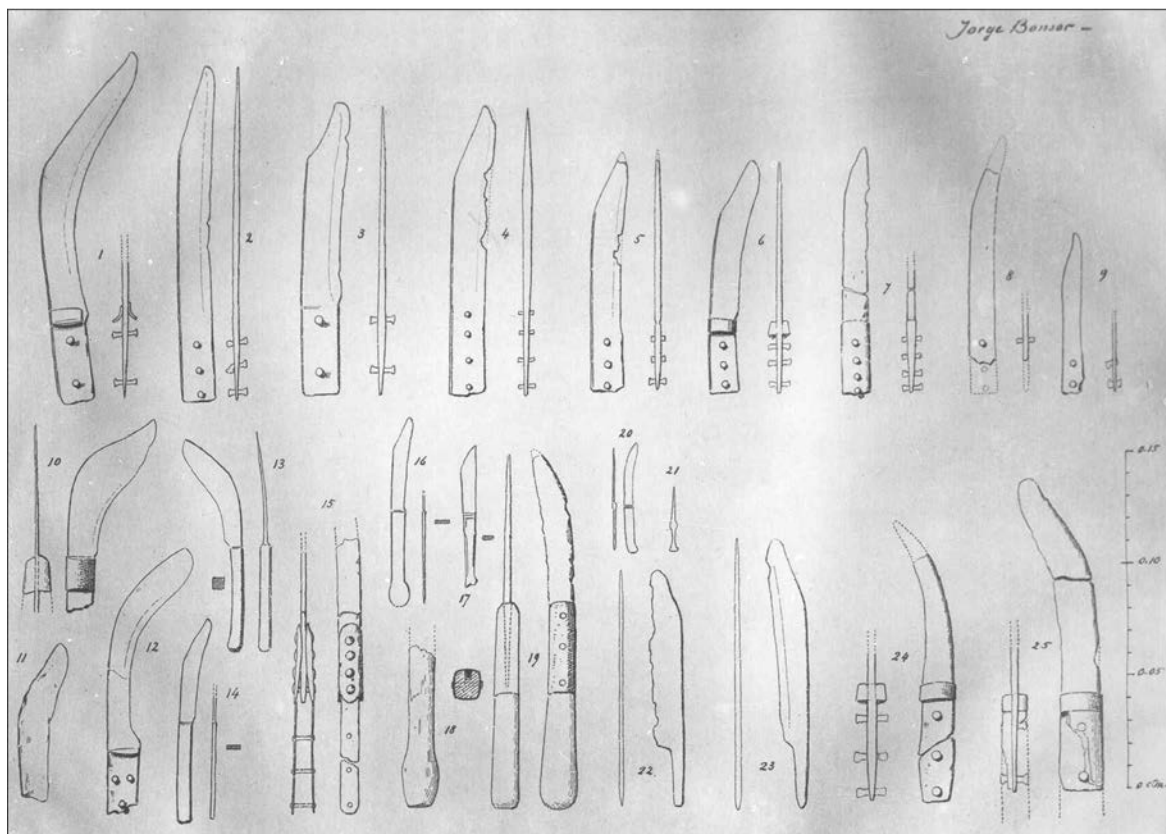
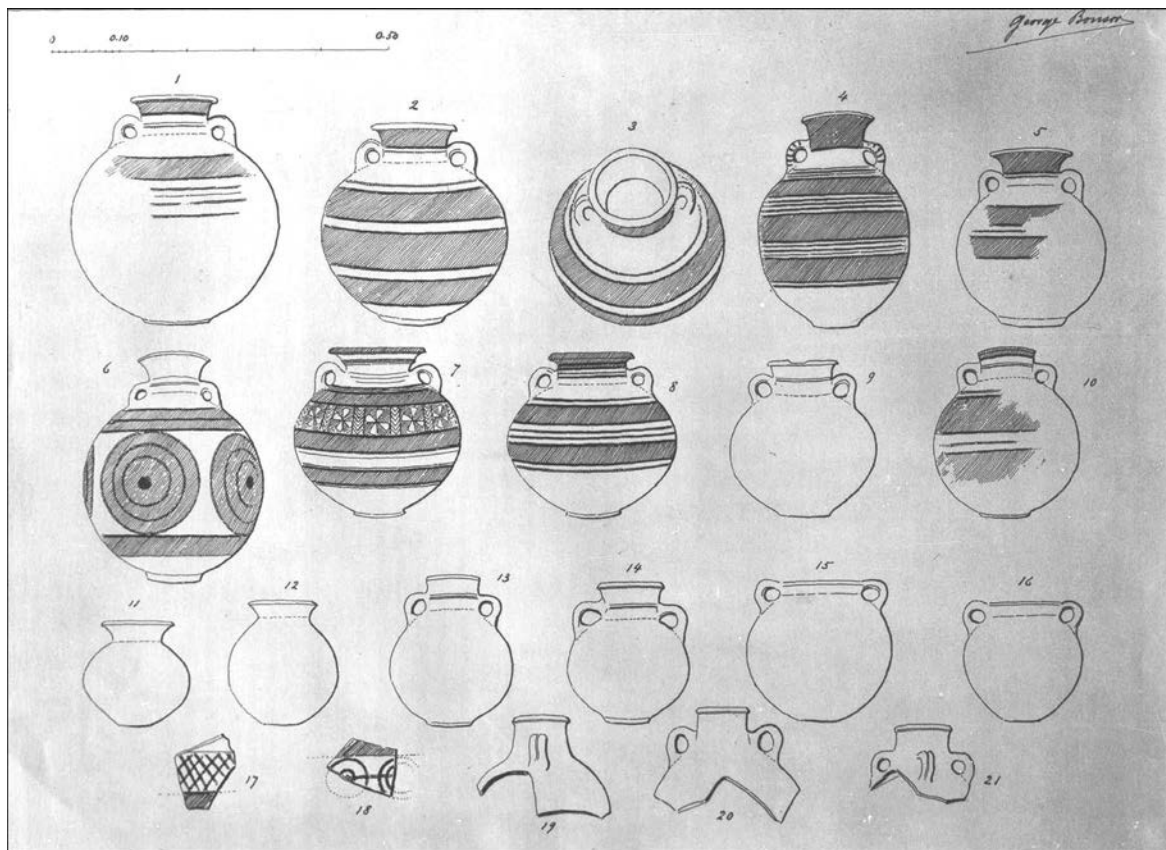


Figura 11. Láminas del Álbum Bonsor con cerámicas y cuchillos de la Cruz del Negro (Fondo Bonsor, Archivo General de Andalucía).

mecheros, un huevo de avestruz, en raras ocasiones una perla de oro, un amuleto egipcio, restos de huesos incinerados, como siempre; y carbón; las paredes están calcinadas. Nunca aparecen objetos indígenas. Todas estas fosas están en la parte fenicia de la necrópolis de Villaricos; estas aparecen frecuentemente cruzadas por otras fosas de inhumación púnicas más profundas. Estas tumbas de incineración son, verdaderamente, fenicias, y anteriores a las cartaginesas. Hasta ahora me persuade la idea que son *tirias*, y no dudo en catalogar del mismo modo a las de la Cruz del Negro. Sea lo que sea lo que diga el señor Déchelette, el asunto de la incineración en los fenicios no está resuelto. El juzga este asunto al revés: en este punto, especialmente, así como en algunos otros, nuestros descubrimientos producen más luz de la que reciben de los otros ¿Han copiado los fenicios a los celtíberos? Es posible, pero yo afirmo, y usted puede afirmar también según sus descubrimientos, que a veces quemaban a sus muertos. Ahora he encontrado más de un centenar de huevos de avestruz y una decena de lámparas de concha; son dos objetos esencialmente fenicios que no se ha encontrado aún en contacto con objetos indígenas: los hechos son claros y decisivos, tanto más cuanto nosotros tenemos numerosas sepulturas indígenas que permiten la comparación<sup>26</sup>.

Este novedoso planteamiento que reivindicaba la incineración fenicia no convenció a Bonsor, aunque sí creemos que le introdujo a reflexionar sobre la posibilidad de contar con tumbas fenicias o, mejor dicho, con materiales fenicios, ya que siguió considerando la Cruz del Negro como una necrópolis cartaginesa (africana) o, mejor dicho, celto-púnica, mientras que desde entonces se observa que en sus notas denomina a ciertas tumbas celto-fenicias, ya que nunca llegó a considerar que fueran fenicias:

Lo que me dice sobre la incineración fenicia (*tiria*) me da qué pensar. Le confieso mis dudas a la hora de reconocer el que las fosas de incineración de la Cruz del Negro sean *tirias*. Mis pesquisas sobre esa necrópolis están acabadas prácticamente, pues no queda nada más que descubrir en ese sitio.

Busco el conseguir el permiso del nuevo propietario para seguir con las excavaciones de Bencarrón; el emplazamiento de otra necrópolis del tipo de la Cruz del Negro que dependía de una especie de ciudad importante, la Mesa de Gandul y en donde hace tiempo descubrí lucernas, ánforas púnicas y urnas del tipo de la Cruz del Negro<sup>27</sup>.

La respuesta de L. Siret fue inmediata: «El problema de la incineración *tiria* es, en efecto, bastante difícil. Pero insisto sobre todo en que no debemos dejarnos influenciar *a priori* por teorías preconcebidas: conocemos tan mal a los fenicios y sus ritos que no es prudente determinar que una tumba no es fenicia *porque* es de incineración. Debemos estudiar las tumbas por ellas mismas y si consiguiéramos demostrar que son fenicias (*tirias*), debemos atribuir a los *tirios* de España las costumbres que observamos en estas tumbas. Porque si no ¿para qué excavar?»<sup>28</sup>.

Como hemos señalado, estas ideas fueron expuestas en su artículo, *Tyriens et Celtes en Espagne*, cuyo título, como se puede comprobar, es sumamente ilustrativo de la teoría de la mixtura de las necrópolis de la Primera Edad del Hierro de la España meridional.

En abril de 1910, Luis Siret visitó personalmente a Jorge Bonsor en su castillo-museo en Mairena del Alcor y pudo contemplar y examinar directamente su colección arqueológica. Bonsor emprendió, como había anunciado a su colega, una nueva campaña de excavaciones en las necrópolis de la Mesa del Gandul, que identificaba con la antigua *Lucurgentum* mencionada por Plinio, aunque no trabajó en la necrópolis tartésica. Así le informa a Siret «(...) he podido señalar los límites respectivos de tres necrópolis: los túmulos celto-fenicios (1ª Edad del Hierro), los campos de urnas cartaginesas (2ª Edad del Hierro) y los quemaderos y cimientos de mausoleos romanos»<sup>29</sup>. Siret, entre sorprendido e indignado le contesta: «Me habla de campos de urnas cartaginesas de la 2ª edad del hierro, ¿quiere decir Cruz del Negro? Atribuyo esto a la primera Edad del Hierro, *tiria*, la misma época que sus túmulos celto-fenicios». Aquí finalizó la discusión, Bonsor nunca aceptó la hipótesis de Siret, aunque sí reajustó de nuevo la secuencia de los túmulos y las necrópolis. Schulten y

26. Carta de L. Siret a J. Bonsor, Cuevas (Almería), 27-7-1909 (Maier 1999b: 92 s., n.º 169).

27. Carta de J. Bonsor a L. Siret, 4-9-1909 (Maier 1999b: 94, n.º 171).

28. Carta de L. Siret a J. Bonsor, 13-9-1909 (Maier 1999b: 95 s., n.º 173).

29. Carta de J. Bonsor a L. Siret, 4-7-1910 (Maier 1999b: 99 s., n.º 184).



Tartessos llamaban a la puerta. También la Ley de Excavaciones promulgada en 1911.

Esta última clasificación que Bonsor ofrece a Siret es sumamente interesante. Por una parte, porque la influencia de las teorías celtistas, que no solo se mantuvieron, sino que cobraron nuevos bríos, es ya notoria. Por otra, que comienza a vislumbrarse la colonización arcaica, es decir, la presencia de fenicios o, mejor dicho, de importaciones fenicias, en el interior, y que la cultura indígena peninsular de la Primera Edad del Hierro era de carácter céltico. Es la primera vez también que Bonsor utiliza el sistema de las tres edades. Los túmulos correspondían a la Primera Edad del Hierro, la Cruz del Negro a la segunda. Básicamente, la caracterización cultural de la Cruz del Negro quedó así fijada por Bonsor.

A partir de 1911, Bonsor ya no emprendería ninguna excavación más en las necrópolis de Los Alcores. La protohistoria de Andalucía occidental tomó un nuevo rumbo, en el que primó el descubrimiento de la supuesta ciudad de Tartessos del que Bonsor, junto al historiador Adolf Schulten, fueron los principales protagonistas. Como es conocido, Adolf Schulten le planeó a Jorge Bonsor en 1910 el proyecto de localizar la ciudad de Tartessos en las inmediaciones de la desembocadura del río Guadalquivir (Maier 1999a: 262). Sin embargo, tanto uno como otro no comenzaron a desarrollar sus investigaciones en este sentido hasta unos años más tarde, primero independientemente, para después acometer excavaciones en colaboración. Al margen de las relaciones e investigaciones de ambos investigadores (Maier 1999a: 257 y ss.), sí queremos señalar que a partir de estos momentos Bonsor enmarcó los datos arqueológicos que hasta entonces había recopilado en el devenir histórico de Tartessos.

Para Bonsor, como para la mayor parte de la crítica arqueológica de su tiempo, no cabía duda de la existencia de la ciudad de Tartessos. Su principal referencia histórica fue, como lo había sido desde el principio, la autoridad de las fuentes grecolatinas. No obstante, varios historiadores alemanes como Karl Movers y Karl Müllenhof negaban la existencia de la ciudad de Tartessos. En este sentido, Bonsor siguió y asumió la teoría de George Rawlinson (1889), quien sí daba crédito a las fuentes: «Tartessos was a town in the opinions of Scymnus Chius, Strabo, Mela, Pliny, Festus Avienus, and Pausanias, who could not be, all of them, mistaken on such a point». Rawlinson (1889, 24) pensaba, además, que Tartessos fue probablemente también el nombre del río Guadalquivir: «It was a town named from, or at any rate bearing the same name with, an important

river of southern Spain, probably the Guadalquivir», punto con el que Bonsor también estaba de acuerdo. Bajo estas premisas desarrolló sus investigaciones y llegó a varias conclusiones que en síntesis son las siguientes:

Bonsor planteaba la existencia de una Tartessos-Gadir fundada por los fenicios en el 1.100 a. C., en plena Edad del Bronce, en algún lugar en la desembocadura del Guadalquivir. Desde aquí los fenicios desarrollan una importante actividad comercial y con la que se inicia un periodo de convivencia que dejó una profunda huella cultural en los indígenas. Esta hipótesis, que expuso en 1921, ya la tenía formada en 1918 según le comunica a Huntington: «It is very interesting to think that all the Phoenician antiquities I found in burials of the first Iron Age, near Carmona: alabastri, painted shells and ostrich eggs, rings and heads in silver, gold or glass paste, and the remarkable ivory plaques, godets and combs (in the Society's collection), were perhaps imported by Tyrian merchants who landed at this ancient port of Tartessos and crossing afterwards the Ligurian lake, sailed up the river as far as the tide would carry them: to Seville or Alcalá del Río...at the early date suggested by Dechelette of 600-400 B. C.»<sup>30</sup>.

Tras la caída de Tiro en manos de los asirios se produjo una rebelión de los indígenas que toman Tartessos-Gadir que se sitúa hacia el siglo VII a. C. Este sería el momento de mayor esplendor de Tartessos y es cuándo llegan los griegos. A este periodo corresponderían los túmulos de inhumación que, como recordaremos, eran los que habían proporcionado los ajuares más ricos. La presencia griega en Tartessos fue la causa de la intervención de los cartagineses quienes toman Tartessos-Gadir y la destruyen y refundan la ciudad en el actual emplazamiento de Cádiz a fines del siglo VI a. C. Se produjo entonces una emigración de los ibero-tartessios y los celtas invaden el valle del Guadalquivir, pero son al poco tiempo expulsados y se asientan en la Beturia y la serranía de Ronda (Bonsor 1921; 1927). Es en este último periodo en el que sitúa a la necrópolis de la Cruz del Negro, como se puede comprobar en el catálogo de los marfiles publicado por la Hispanic Society (Bonsor 1928a: 53-105).

Es en estos años cuando Bonsor dio a conocer algunos materiales de la necrópolis, especialmente las tumbas de inhumación que son, como hemos dicho, las que atrajeron más su atención y que ofrecían una

30. Carta inédita de J. Bonsor a A. M. Huntington, Mairena del Alcor, 2-9-1918, Archivo de la Hispanic Society of America.

imagen muy particular de las costumbres funerarias de los tartesios:

Otras excavaciones me permiten declarar que los Tartesios practicaban en sus funerales sacrificios humanos, como se sabe hicieron los Celtas, los Cartagineses y los Romanos mismos al principio. Debe suponerse que las víctimas: hombres, mujeres y niños, fueron sus esclavos. Mataban a los hombres aplastándoles el cráneo con una piedra, a las mujeres les abrían el vientre en canal y a los niños los sangraban encima de la urna cineraria. Tengo bien reconocido que se practicaban estos sacrificios en los pueblos del Valle del Guadalquivir, en la primera Edad del Hierro, en tiempo de las invasiones célticas y cartaginesa, según observé en mis excavaciones de la Cruz del Negro y del Acebuchal, de Carmona, las de Paris y Engel, en Osuna y Almedinilla. (Bonsor 1928a: 23).

En definitiva, tras largas y prolongadas campañas de excavaciones y estudios sobre la cultura material de la protohistoria del Bajo Guadalquivir, Bonsor situó la necrópolis de la Cruz del Negro entre los últimos momentos de la Primera Edad del Hierro y el comienzo de las Guerras Púnicas, momento que coincidiría, según era ampliamente aceptado en aquellos días, con el dominio cartaginés sobre Tartessos, por una parte, y con la invasión de los celtas, por otro, que son las dos corrientes culturales que influyeron sobre los tartesios-turdetanos en esta época pero a los que no le cabía duda correspondería la necrópolis. En efecto, fue Bonsor el primero en identificar la cultura material de Tartessos, como dejó explícito en la memoria de la necrópolis de Setefilla (Bonsor y Thouvenot 1927) y como hemos defendido en varios lugares, y no deja de sorprender, como veremos, que tras su fallecimiento se produjera una cierta confusión en este sentido que dio lugar a que sus valoraciones sobre la cultura tartésica no fueran prácticamente tenidas en cuenta, por motivos que podíamos clasificar de acientíficos, si bien hay que reconocer que apenas publicó los resultados de sus excavaciones.

#### **4. LA CRUZ DEL NEGRO EN LA POSTGUERRA: BORRÓN Y CUENTA NUEVA**

Con el fallecimiento de Jorge Bonsor y tras la guerra civil se inicia un nuevo periodo en la historiografía

de la necrópolis de la Cruz del Negro que se puede prolongar hasta el primer lustro de la década de los cincuenta del siglo xx.

Entre los años posteriores al fallecimiento de Bonsor en 1930 y el estallido del conflicto se había consolidado la idea de que la Cruz del Negro era una necrópolis indígena con materiales de importación cartaginesa. Pedro Bosch Gimpera, en su famosa *Etnología de la Península Ibérica* (1932) la consideraba una necrópolis de los tartesios con materiales de importación cartagineses posteriores al siglo vi a. C., al igual que su discípulo Luis Pericot (1934: 270, 279), quien atribuía a los hallazgos de Carmona en general una cronología tardía y los relacionaba con una supuesta colonización cartaginesa, aunque consideraba la necrópolis indígena.

Al concluir el primer tercio del siglo xx se había reunido un importante bagaje de datos sobre la arqueología fenicio-púnica en la península ibérica, fruto sin duda de la fructífera etapa anterior, una de las más brillantes de la arqueología española, entre 1911 y 1936. Era necesario de alguna manera poder reunir todos estos datos dispersos y esta fue precisamente la labor que emprendió el catedrático de Arqueología de la Universidad de Madrid, Antonio García y Bellido (fig. 12), en su obra *Fenicios y Cartagineses en Occidente* en la que reunió los principales datos hasta entonces conocidos, como también había hecho poco antes con los griegos. Esta obra ha sido reconocida, con justicia, como un hito historiográfico de la arqueología fenicio-púnica en España (Ferrer 1996a; Álvarez Martí-Aguilar 2005; Bendala 2005), aunque cabría señalar que más por su carácter de síntesis que por otra cosa.

Lógicamente, los datos recogidos por Bonsor tuvieron un lugar destacado en este trabajo, aunque sorprendentemente fueron valorados con un cierto grado de escepticismo: «No andamos muy sobrados de elementos de juicio para enmarcar en fecha precisa, uno de los lotes arqueológicos más importantes hallados en España y atribuibles a la industria púnica» (García y Bellido 1942: 219).

De esta forma, un tanto desalentadora, comenzaba García y Bellido la descripción y valoración de los materiales hallados por Bonsor en Los Alcores y en concreto en la Cruz del Negro, que acometía brevemente en la siguiente página de este modo: «Al N.E. de Carmona y en sus afueras hállase la necrópolis llamada de Cruz del Negro, conocida ya desde el año 1870 aproximadamente. Constaba de numerosas sepulturas de incineración, de las cuales los obreros que trabajaban entonces en la vía del ferrocarril de Carmona a Guadajoz destruyeron la



Figura 12. A. García y Bellido y M. Almagro Basch, figuras sobresalientes de la arqueología clásica y la prehistoria de posguerra, criticaron la venta de objetos arqueológicos de la Cruz del Negro por parte de Bonsor a la Hispanic Society of America (Fototeca EFE y Archivo familia Almagro).

mayoría, dispersándose y desapareciendo los objetos hallados. Según las referencias recogidas años después, parece ser que fueron destruidas una treintena de enterramientos; presentábanse, según esas referencias, en varias líneas paralelas, a dos metros aproximadamente de intervalo y orientados de E. a O. Son simples fosas rectangulares, poco profundas, donde se colocó la urna cineraria con las cenizas del cadáver. En 1898, Bonsor pudo aún reconocer tres de ellas, que dieron material diverso, principalmente indígena de tipo céltico. Entre los objetos exóticos más interesantes hallados en esta necrópolis, por desgracia sin circunstancias conocidas, figuran unos peines [...] de marfil, con sus caras grabadas, productos sin duda de comercio cartaginés, puesto que los enterramientos estos no son púnicos, según todas las apariencias» (García y Bellido 1942: 220).

Según esta descripción vemos que para García y Bellido en estos momentos la necrópolis de la Cruz del Negro no era púnica, ni mucho menos tartésica o turdetana. Por el contrario, pese a la constancia de materiales que sí considera fenicios como, por ejemplo, los marfiles, se inclina por considerarla «indígena de tipo céltico», aunque no muy convencido, pues su caracterización es bastante ambigua, ya que en otros lugares de la obra considera ciertas tumbas

de inhumación como cartaginesas (García y Bellido 1942: 238, 25), en lo que sigue a Bonsor. En realidad esta era su hipótesis principal, y así lo reafirmó años más tarde, como veremos.

Aunque en *Fenicios y Cartagineses* García y Bellido utilizó abundantemente el material gráfico publicado por Bonsor, que hasta incluso figura en la cubierta del libro, no tiene, sin embargo, en muy buen concepto al arqueólogo anglofrancés, ya que pasa por alto sus opiniones. En efecto, al referirse a los marfiles considera reprochable el que estos bellos objetos de eboraria oriental hubieran sido vendidos al extranjero. Conviene que nos detengamos brevemente en esta cuestión pues consideramos que reviste cierta importancia, ya que era la primera vez que se cuestionaba públicamente la obra de Bonsor y tuvo ciertas consecuencias que afectaron a la valoración que desde entonces se tuvo, no solo de la Cruz del Negro sino de todas las necrópolis de Los Alcores y, en general, de la cualificación científica del trabajo de Bonsor que resulta a todas luces injusta y desproporcionada<sup>31</sup>.

31. M. Bendala (2005: 23) achaca esta valoración a un distanciamiento conceptual, debido a que Bonsor prestó más atención por la

En efecto, García y Bellido señalaba que: «Todos los objetos extraídos por el Sr. Bonsor de Carmona fueron vendidos al extranjero, como si los objetos arqueológicos salidos de suelo español no formasen parte integrante de nuestro patrimonio artístico. En estos y otros casos, los extranjeros que han excavado en España, han dispuesto, por lo general, de sus hallazgos como bienes exclusivamente suyos» (García y Bellido 1942: 224, n. 1 y 1956: 491, n. 11). Esta valoración, completamente subjetiva, cuestionaba la integridad moral y ética de Bonsor, y lo peor es que de paso cuestionaba su cualificación científica. Si esta valoración hubiera sido cosa exclusivamente de García y Bellido no hubiera tenido quizás mayores consecuencias. Sin embargo, esta valoración fue suscrita también por Martín Almagro Basch (fig. 12) y quizás aún en términos más duros: «En este trabajo –se refiere a *Les colonies agricoles*– se reflejan diversas investigaciones realizadas por este autor, no siempre directamente, sino a través de prospectores que le vendían el producto de sus saqueos. Con ellos formó la colección que hubo en el castillo de Mairena del Alcor, y luego fueron a parar vendidos por este inglés poco escrupuloso a los Estados Unidos». No se puede ser más expresivo<sup>32</sup>.

Aún más, Adolf Schulten también participó en esta minusvaloración de la labor de Bonsor pues faltando a la verdad, como hemos demostrado en otro lugar (Maier 1999a: 262 s.), se atribuyó todo el protagonismo en las investigaciones y excavaciones en el Coto de Doñana, reduciendo a Bonsor a un mero comparsa: «En el año de 1920, George Bonsor, pintor inglés y arqueólogo, que desde hacía muchos años vivía en Andalucía, había buscado Tartessos en el Coto, y el año 1922 publicó el trabajo concerniente a sus investigaciones, más arriba citado. Bonsor participó también en mis excavaciones del 1923 y 1924, y le agradezco gustoso su amable compañía y colaboración, cuyo resultado él ha comunicado en las

---

arqueología del territorio mientras que García y Bellido se interesó más por los objetos, lo cual no justifica del todo tal actitud.

32. M.E. Aubet, quien también ha advertido de esta actitud hacia Bonsor, señala a Almagro Basch como responsable de esta desautorización científica: «En cuanto a las pocas necrópolis tartésicas conocidas, trabajos bastante dignos, como los que había llevado a cabo Bonsor en las necrópolis de la región de Carmona o Setefilla a principios de siglo, quedaban al margen de toda consideración debido al peso político o ideológico en las esferas académicas de figuras como Almagro, quien hasta bien entrados los años setenta todavía reivindicaba una filiación celta para este tipo de enterramiento tumular en Andalucía» (Aubet 1992: 39). Como se puede comprobar, no fue Almagro Basch sino García y Bellido el primero en difundir aquella negativa imagen de Bonsor que luego, eso sí, suscribió y apoyó aquel y ambos dejaron explícita en la *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal.

*Memorias de la Junta de Excavaciones*, núm. 5, 1928» (Schulten 1945: 261 s., nota 1).

Todo ello indica que existió una clara intención de descalificar el trabajo de Bonsor, simplemente por una cuestión ética y moral, arrojada en un exceso de patriotismo que no justifica, en cualquier caso, la consecuente descalificación científica de las investigaciones y conclusiones de Bonsor que no fueron tomadas en cuenta<sup>33</sup>.

Baste con señalar que Bonsor actuó siempre en el marco de la legalidad vigente en España y, por lo tanto, sus ventas fueron totalmente legales. Sus procedimientos arqueológicos, como hemos demostrado en nuestros trabajos, fueron de absoluta modernidad e incluso adelantados a su tiempo, por lo menos para lo que hasta entonces se había realizado en España. Así también lo entendió Juan de Mata Carriazo, quien, aunque apenas llegó a conocerlo personalmente, siempre mostró un gran respeto para su obra y le trató como si de un venerado maestro se tratara, a pesar de que puso objeciones a sus ventas: «Quisiéramos que hubiera dado a conocer con más detalles de circunstancias y amplitud de ilustraciones los preciosos yacimientos prehistóricos y protohistóricos que tuvo la suerte de excavar o de reconocer, excavados por otros. Pero sería insigne anacronismo esperar que hubiera aplicado en 1900 los métodos de 1950» (Carriazo 1960: 4 s.). Es innegable que Bonsor excavó mucho más de lo que publicó y este sea quizás el único aspecto que le podamos reprochar. Hoy, al conocer sus diarios de campo, dibujos y correspondencia podemos suplir, aunque imperfectamente, los datos que recogió sobre la Cruz del Negro y otros yacimientos protohistóricos que no hacen sino reafirmar la calidad científica con que fueron llevados a cabo en aquellos momentos.

Dicho esto, se explica mejor la poca consideración que García y Bellido y otros arqueólogos españoles mostraron hacia los trabajos y teorías de Jorge Bonsor sobre la protohistoria del Bajo Guadalquivir, aunque todos utilizaron profusamente los materiales por él exhumados, que interpretaron a su conveniencia para sustentar sus teorías sin tener en cuenta para nada la opinión y valoración del arqueólogo anglosajón.

A pesar de esta circunstancia, en los años inmediatos tras la guerra civil la adscripción cultural de la necrópolis de la Cruz del Negro no había apenas

---

33. Esta negativa valoración de Bonsor y sus investigaciones arqueológicas también fue suscrita por Miguel Tarradell (1967) y por Manuel Pellicer (1976).



variado de la establecida por Bonsor. Se continuaba considerando como una necrópolis cartaginesa con materiales de tipo céltico. Opinión, aunque no referida a la Cruz del Negro, pero sí a otras necrópolis de Los Alcores, también compartía Juan Cabré tras estudiar detenidamente el conjunto de broches de cinturón procedentes de la necrópolis de El Acebuchal, algunos de cuyos tipos también se encontraron en la Cruz del Negro. No obstante, Cabré consideraba que los broches de cinturón de El Acebuchal pertenecían «a un proceso artístico-industrial, muy probablemente de abolengo fenicio-púnico, quizá desarrollado por los celtas en el Sur de la provincia de Sevilla durante los siglos V y IV antes de Jesucristo. De no ser viable esta hipótesis, los referidos broches, a consecuencia de las decoraciones que algunos de ellos ostentan, deberán clasificarse de importación fenicio-púnica, conjuntamente con los productos de marfil de estilo oriental» (Cabré 1944: 135). Línea de pensamiento semejante que también suscribía, aunque con algunas matizaciones, D. Fletcher Valls (1944: 133).

Poco tiempo después, y bajo la dirección de Antonio García y Bellido, publicó su entonces colaborador Luis Monteagudo algunos dibujos, fotografías y fotografías de dibujos que se conservaban en la colección de Mairena del Alcor con permiso de Dña. Dolores Simó Peñalver, viuda de Bonsor. Este material gráfico había sido reunido y preparado para el *Album Archéologique des Alcores* que Bonsor remitió a la Hispanic Society en 1925. Entre ellos figuraban varios dibujos originales de tumbas de incineración con inhumaciones y materiales de la Cruz del Negro, cuchillos de hierro afalcatados, broches de cinturón, brazaletes, puntas de lanza y cerámicas, en total 11 dibujos y 2 fotografías de lucernas y platos fenicios, todos ellos inéditos. Monteagudo opinaba que todo el material era de aspecto indoeuropeo menos los marfiles fenicios. Considera que los broches de cinturón, aunque mostraban motivos claramente orientales, eran de «mentalidad centroeuropea» o «interpretación europea», en lo que sigue las opiniones de J. Cabré. No obstante, atribuye a las puntas de lanza una cronología de los siglos VII-VI a. C., la misma que concede al conjunto de los brazaletes y al de los broches de cinturón, lo que implica una cronología más elevada que la que entonces se le suponía a la necrópolis, propuesta que, en cualquier caso, no tuvo en aquellos momentos ninguna trascendencia.

Pese a todo, existía un gran desconcierto entre los investigadores ya que solo una situación así puede explicar que Luis Pericot afirmara que no

existía la cultura material de Tartessos: «Tartessos aparece como un antiguo reino en la actual Andalucía, del que solo han quedado vagas noticias sueltas por las que no es posible alcanzar una visión satisfactoria. Por desgracia la Arqueología no nos sirve en absoluto para este caso pues no existe una cultura tartésica que haya aparecido en los niveles de excavaciones arqueológicas» (Pericot 1950: 250-251).

Tampoco se tenía una idea clara de la cronología de los materiales fenicio-púnicos, como afirmaba A. García y Bellido en el capítulo dedicado a «El Arte Púnico en España» en la *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal: «Difícil es saber qué fechas han de atribuirse a muchos de los hallazgos fenicios o púnicos de la península ibérica. El deficiente conocimiento del arte y la arqueología fenicia y cartaginesa en general y la falta consiguiente en muchos casos de una cronología firme y segura, impide ser todo lo preciso que se quisiera en la clasificación y cronología de parte de los numerosos testimonios de estas culturas aparecidos en España, tanto en tierra firme como en sus islas mediterráneas».

De esta afirmación se deduce que todo lo hasta entonces conocido, que no era poco, resultaba incierto, vago e impreciso por lo que era necesario recomenzar de nuevo.

Ciñéndonos al tema que aquí nos interesa, García y Bellido reprodujo varias ilustraciones (de la 407 a la 422), a partir de los dibujos publicados por Bonsor y de fotografías de materiales de la Hispanic Society, de los materiales de la Cruz del Negro, a la que dedica varias páginas. Más o menos reproduce el mismo texto publicado en 1942, en el que describe el hallazgo de la necrópolis y las tumbas publicadas en 1899 que fecha en los siglos V-IV a. C., describe muy someramente algunos materiales, de los cuales, como por ejemplo los brazaletes, los considera célticos, y centra toda su atención en los marfiles, tanto de la Cruz del Negro como de otras necrópolis de Los Alcores, que los considera de «procedencia puramente fenicia», en lo que sigue a Poulsen (García y Bellido 1956: 488). Aunque no lo manifestaba expresamente, es evidente que García y Bellido consideraba a Cruz del Negro una necrópolis púnica con algunos elementos célticos y con una cronología tardía de los siglos V-IV a. C. (García y Bellido 1956: 484).

Por el contrario, Martín Almagro Basch, quien dedica en el mismo volumen de la *Historia de España* un capítulo a «Los campos de urnas de España» expuso una hipótesis completamente diferente. Almagro también incluye dos ilustraciones en las que selecciona algunos materiales de la Cruz

del Negro, en especial fíbulas, broches de cinturón, pulseras de botones terminales y otros objetos de bronce, así como cerámica a mano (Almagro Basch 1956: figs. 200-201) con las que pretende demostrar la «penetración de fuertes bandas, que llegaron, por lo menos, a las tierras del valle bajo del Guadalquivir, amenazando a las colonias de Tartessos y Gadir durante algún tiempo». Idea que no desentona con lo que Bonsor y Déchelette pensaron años antes. Así opinaba que: «La serie de sepulcros excavados cerca de Carmona, ya publicados, aunque sin rigor científico, a fines del siglo XIX, nos muestran rastros de estas gentes por aquellas tierras, que ya no eran célticas en el siglo VI, cuando se escribió el citado periplo de Avieno, donde se dice, sin embargo, que habían sido dominadas por este pueblo centroeuropeo». En general, consideraba que todas las tumbas eran de origen centroeuropeo y correspondían al periodo de Hallstatt D y se mostraba de acuerdo tanto con García y Bellido como con D. Fletcher en que se podría tratar de mercenarios celtas al servicio de los púnicos (Almagro Basch 1956: 240, nota 104) y acepta la baja cronología que aquellos proponían.

Como se puede comprobar, la variación de los factores no alteró excesivamente el producto. La tesis de García y Bellido no se alejaba apenas de la de Bonsor y, la de Almagro, aunque aparentemente más alejada, seguía en líneas generales la expuesta por Déchelette, aunque con nuevos argumentos. Ambas estuvieron en vigencia durante algún tiempo, ya que en este periodo apenas se realizaron nuevas excavaciones, si exceptuamos la de Manuel Esteve Guerrero en las Mesas de Asta, la cual, no obstante, pasó prácticamente desapercibida (Aubert 1992: 38).

Por otra parte, el tema de Tartessos, una vez fallecido Bonsor, pasó a estar dominado, aunque por poco tiempo, por Adolf Schulten quien en 1945 publicó la segunda edición de su famosa obra, que tuvo varias secuelas nacionales que no solo fueron en su mayor parte estériles, sino que produjeron una monumental confusión y desasosiego entre los investigadores españoles que, no obstante, se fue enderezando, con no menos esfuerzo, en años posteriores.

## 5. LA DEFINICIÓN DEL PERIODO ORIENTALIZANTE Y EL DESARROLLO DEL POSITIVISMO ARQUEOLÓGICO

Superada la mitad de la década de los cincuenta se intensificó el conocimiento de la arqueología de los fenicios en Occidente debido a la proliferación de las excavaciones arqueológicas en las islas

del Mediterráneo central (Sicilia y Cerdeña) y especialmente en el norte de África, en Cartago, en Útica y en otros yacimientos tunecinos y argelinos, así como en Marruecos que ofrecieron nuevos datos de los fenicios occidentales y dibujaron un nuevo marco histórico de la colonización fenicia en Occidente. Especialmente significativas para el tema que nos ocupa fueron las excavaciones de varias necrópolis en el norte de África, Rachgoun (Orán) (Vouillemont 1955), Mogador (Jodin 1966) y en Sicilia y Cerdeña (Motia, Monte Sirai). Este importante impulso tuvo también su reflejo en la península ibérica poco tiempo después con la excavación de la necrópolis de Laurita por Manuel Pellicer (1962), de la necrópolis de la Joya por Juan Pedro Garrido (Orta y Garrido 1961) y las de los asentamientos y necrópolis fenicias en la costa mediterránea andaluza en la provincia de Málaga excavadas por el Instituto Arqueológico Alemán entre 1965 y 1969 que aportaron no poca claridad a la arqueología fenicia de la península ibérica.

Por lo que respecta a la arqueología prehistórica española el tema de Tartessos era un tema en cierto modo sangrante y de alguna manera había herido el orgullo nacional, muy altivo por cierto en aquellos días. En efecto, la investigación de Tartessos había estado gestionada sobre todo por arqueólogos extranjeros sobre los que había recaído el principal protagonismo de las investigaciones. Sea como fuere, los arqueólogos españoles comenzaron a sentirse obligados a definir la arqueología de la que se consideraba la cultura protohistórica más importante de la España Antigua, la cual, por otra parte, a pesar de contar con serias evidencias materiales, se decía no ser conocida, como hemos visto.

Ante tan imperiosa necesidad, distintos arqueólogos comenzaron a trabajar en firme en esta línea y uno de los resultados más visibles y uno de los principales logros de estos momentos fue la adopción y definición del concepto de arte *orientalizante*, un término artístico empleado desde el siglo XIX y que se aplicó al arte griego de la edad arcaica, para ser después adoptado por los arqueólogos italianos a la arqueología de Etruria y el Lacio. Es en este último en el que se inspiraron nuestros arqueólogos.

En efecto, liderados por A. García y Bellido, A. Blanco y E. Cuadrado, a los que se sumó después José M. Blázquez (fig. 13), comenzaron a publicar a partir de 1956 una serie de estudios en los que explicaban, desde posiciones bastante cautelosas, pero atrevidas, el carácter orientalizante de objetos de bronce, marfiles, joyas y otros elementos suntuarios. Los objetos que hasta entonces se habían considerado de



Figura 13. A. Blanco Freijeiro y J. M. Blázquez Martínez, estudiosos del mundo orientalizante peninsular en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado (fotos fundación Juan March y Real Academia de la Historia).

importación oriental pasaron a considerarse como productos fabricados en los establecimientos fenicios de de la península ibérica, especialmente en Cádiz (Aubet 1992; Blázquez 1995; Maier 2004; Álvarez Martí-Aguilar 2005).

No obstante, se considera que fue Maluquer (fig. 14) quien dio el paso definitivo al considerar estos objetos propiamente tartésicos o, mejor dicho, orientalizantes tartésicos (Aubet 1992; Álvarez Martí-Aguilar 2005). Según Aubet (1992: 39): «Dejando a un lado la prudencia y cautela que habían caracterizado a los demás autores mencionados, Maluquer optó en esta ocasión por zanjar definitivamente la cuestión, defendiendo por primera vez la existencia de un artesanado tartésico, en el que se habrían mezclado elementos y estilos de tradición continental y otros de origen mediterráneo y oriental». Esta fue la teoría que con el tiempo se consolidó en la caracterización cultural de lo tartésico y que en realidad no estaba tan alejada de la propuesta por Bonsor.

Otro aspecto importante que caracterizó a este periodo fue el desarrollo del positivismo arqueológico con la intensificación de nuevo de los trabajos de campo para escapar de la trampa filológica que había dominado hasta entonces la investigación sobre Tartessos, como se ha señalado. El descubrimiento casual del tesoro del Carambolo y la posterior excavación que se llevó a cabo marca el punto de arranque del redescubrimiento de una arqueología tartésica a la que siguieron una serie de excavaciones en distintos yacimientos de Andalucía Occidental que cambiaron radicalmente el panorama. Entre estas iniciativas se encuentra el corte



Figura 14. J. Maluquer de Motes, autor de una monografía sobre *Tartessos*, revitalizó los estudios sobre el tema promoviendo el Plan de Investigaciones Protohistóricas desde la Comisaría General de Excavaciones, en los años setenta (foto archivo Fullola-Pericot).



estratigráfico llevado a cabo en Carmona por el Instituto Arqueológico Alemán en la primavera de 1959 bajo la dirección de Klaus Raddatz y Juan de Mata Carriazo (Carriazo y Raddatz 1960).

Paralelamente a estas excavaciones se llevaron a cabo también algunos estudios que ofrecieron una relectura de los materiales arqueológicos de Los Alcores, especialmente de las fíbulas (Schüle 1961; Cuadrado 1963) y los broches de cinturón (Cuadrado y Brito 1970) hasta entonces considerados célticos y que fueron reinterpretados como tartésicos. En este sentido fue también muy importante la identificación de las cerámicas tipo Carambolo y especialmente la de retícula bruñida que se consideraron como las genuinamente tartésicas, ya que desde entonces fueron la firme guía o «fósil director», como entonces se decía, de la cultura tartésica, mucho más que los objetos orientalizantes. Surgía así la cultura material tartésica indígena.

Lógicamente todo ello en conjunto tuvo una incidencia importante en la valoración de la necrópolis de la Cruz del Negro que fue además objeto de especial atención, probablemente porque era de todas las necrópolis de Los Alcores de la que más materiales se conocían, y de más calidad, y porque era la que más analogías ofrecía con la recién descubierta de Rachgoun. En efecto, Antonio Blanco Freijeiro, en el segundo de sus trabajos dedicado a la definición del Periodo Orientalizante, fue el primero en ofrecer una nueva visión de la necrópolis. Merece la pena transcribir sus opiniones, ya que abrieron la puerta que dejó penetrar un aire renovado para investigaciones posteriores.

Decía Blanco, al referirse al contexto arqueológico en que habían sido hallados los marfiles de Los Alcores, principal objetivo de sus análisis, sobre las ánforas globulares a torno: «La relación de este grupo de vasos con la cerámica de las colonias fenicias del Mediterráneo occidental resulta evidente. La urna panzuda de cuello corto y asas semicirculares aparece en Cartago entre las más antiguas. En la fase Tanit I a que pertenece, la decoración pintada se sobrepone muchas veces a una preparación blanca que recubre toda la superficie externa del vaso y que se conserva muy mal, otro punto coincidente de los vasos de la Cruz del Negro, según indica el ejemplar de la Sociedad Hispánica [Hispanic Society]. Ahora bien: no se trata de cerámica importada de remoto mercado, sino de productos de una fábrica peninsular, ya fuese esta gaditana o tartésica, que tenía también sus mercados al otro lado del Estrecho, en la costa de Orán, como ha venido a demostrar palpablemente el descubrimiento de la necrópolis de

Rachgoun, con sus tumbas de mismo rito que los de la Cruz del Negro, idénticas ánforas esféricas y vasos de cuello ancho y asas dobles. Cintas apunta la posibilidad de que el vaso de «metopas» con flores esté emparentado con la cerámica bícroma IV de Chipre, que utiliza en efecto fórmulas decorativas similares y tal parentesco lo corrobora en apariencia las «dianas» de la urna conservada en Nueva York. Pero el problema de los orígenes interesa menos a este contexto que la factura hispánica segura de estas urnas de Carmona y su fecha de los siglos VI-V, acreditada por el material acompañante: el cuello y boca de un jarro piriforme, el equivalente en cerámica de los ejemplares de bronce y vidrio (este de la Aliseda); cerámica parda y negra, muy semejante a la del nivel I de Ceal; brazaletes de bronce abiertos, con una ligera depresión en el centro de la barra; fíbulas de los mismos tipos que suministra el nivel I de Ceal, etc. En líneas generales, el conjunto se extiende entre los años 600 y 450 en números redondos» (Blanco 1960: 7-9).

Blanco asignó estas fechas a la necrópolis por los marfiles que situaba en el último de los tres periodos o fases que proponía para estos materiales. Sustancialmente la valoración de Blanco no era en apariencia muy arriesgada y no aportaba ningún dato revelador excepto el de elevar algo la cronología. Esta valoración hay que entenderla en relación con los objetivos que perseguía. Sin embargo, de su hipótesis de considerar que las urnas globulares habrían sido fabricadas en la Península se deriva una importante consecuencia a nuestro juicio y es el que desestimaba cualquier relación con Cartago, como hasta entonces se había supuesto para estos vasos, y hacerlo directamente con el mundo fenicio-chipriota. Lo mismo ocurría con los marfiles. Como sabemos, Blanco fue el primero en proponer que los marfiles habían sido elaborados en la Península, apoyándose tanto en la temática, que no se ajustaba a la puramente fenicia, como en el estilo. Por otra parte, los silencios también son importantes y no encontramos ninguna relación ni mención con el mundo céltico. Aunque no lo dice explícitamente se puede entender, en el marco de sus estudios, que la Cruz del Negro era una necrópolis orientalizante, aunque todavía sin más precisiones, ya que para Blanco lo *orientalizante* significaba fenicio peninsular.

Por su parte, Raddatz y Carriazo (1959) relacionaron la necrópolis con el estrato 4 de su estratigrafía de Carmona al que, sin embargo, no asignó una cronología precisa, pero que la relacionaba con un horizonte cultural concreto de una secuencia estratigráfica, es decir, con datos positivos.



No obstante, otro hallazgo importante vino a solucionar en parte este importante aspecto, que sin embargo no fue valorado con todas sus implicaciones hasta años más tarde. En efecto, en diversas campañas de excavaciones llevadas a cabo por arqueólogos alemanes en los años 1956, 1958 y 1965 en el santuario de Hera en la isla de Samos fueron hallados varios ejemplares de peines de marfil que inmediatamente fueron relacionados con los de la Cruz del Negro con los que presentaban evidentes analogías. Pero lo más importante de este hallazgo, al margen que se relacionaran con el viaje de Kolaios, fue que pudieron ser fechados con bastante precisión en el 640-630 a. C. (Freyer-Schauenberg 1966a y 1966b). Esto elevaba la cronología de la necrópolis considerablemente.

Otros descubrimientos iban a aportar nuevos datos, aunque indirectamente, en la caracterización cultural de Cruz del Negro. En 1965 se halló por casualidad, al construirse un súbdito británico un chalet, la necrópolis del cortijo de las Sombras en Frigiliana (Málaga), que fue excavada por Antonio Arribas Palau.

En el análisis de Frigiliana concluía Arribas: «En resumen, todo parece indicar que hasta el presente la necrópolis de Frigiliana es única por su ritual funerario en nuestra Península y que sus paralelos más claros se hallan en Rachgoun y Motya, dentro del grupo que puede denominarse fenicio occidental, si bien los ajuares nos ponen de relieve unas mayores concomitancias con la región del Guadalquivir que cuanto podría deducirse simplemente por sus formas de enterramiento» (Arribas y Wilkins 1969: 197). Quiere esto decir que Arribas considera la necrópolis como fenicia occidental, sin duda por su proximidad a las factorías fenicias de la costa. Esta suposición se debe sin duda a que, tras las excavaciones del Instituto Arqueológico Alemán en Málaga, se reforzó indiscutiblemente la antigua teoría, que parecía recobrar consistencia por los datos que arrojaban los asentamientos y necrópolis, que defendía que la presencia fenicia pura se restringía a la costa.

Más adelante, a la hora de analizar las cerámicas concluye: «Pero tendríamos aquí otro punto de apoyo para el conocimiento de esta unidad que estamos presintiendo entre el norte de África y el sur de España. Si las semejanzas de Frigiliana, Rachgoun y Tánger son evidentes, no hay que olvidar también que los materiales de la región de Carmona se enlazan con ellos, ya sea con la costa malagueña, ya sea con el norte de África. Es evidente que el vaso 178 de Carmona, de perfil ovoide y sin asas, es del mismo tipo que el de Rachgoun, lám. V, 9 y que el

vaso esférico de la tumba 112 de Cruz del Negro la tiene con el de Rachgoun, lám. LVI» (Arribas y Wilkins 1969: 217).

El descubrimiento de la necrópolis de Frigiliana, como el de la necrópolis de Medellín (Badajoz), en pleno corazón de Extremadura (Almagro-Gorbea 1971 y 1977a) pocos años más tarde, abrieron un debate que ha generado una problemática aún hoy en día sin resolver. Las analogías entre este tipo de necrópolis, y lo que es más en lugares tan distantes unos de otros, resulta hoy en día un problema tan fascinante como complejo. En cualquier caso, Cruz del Negro y sus características urnas y ritual funerario atrajeron el interés de los investigadores.

Aún con todo, hacia finales de los sesenta existía una cierta ambigüedad en la definición del *orientalizante* ya que no tenía el mismo significado para todos los autores que se esforzaban por definirlo (Álvarez Martí-Aguilar 2005: 157-161), aunque acabará por generalizarse la tesis de Maluquer. Pero, aunque en general se aceptó la tesis de que Tartessos era una cultura indígena orientalizante no todos estaban de acuerdo en la caracterización de este indigenismo. Martín Almagro Basch se opuso a esta teoría. Para Almagro los objetos orientalizantes no eran indígenas sino genuinamente fenicios, aunque se hubieran fabricado en la Península, por lo que no podían ser característicos de una cultura indígena, lo que no dejaba de ser un punto de vista sugerente. Por ello proponía identificar la cultura indígena tartésica con otros elementos, como las estelas, los asadores, los túmulos, el armamento, etc., a los que atribuía un origen continental europeo (Almagro Basch 1975), reducción a la que a su vez se opusieron otros investigadores que veían en estos elementos un origen exógeno mediterráneo (Bendala 1977).

Estos modelos interpretativos quedan muy bien relegados en la primera edición de la obra de José María Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente* (1968) en la que afirmaba: «El análisis del material asignado hoy a los Tartessos ha llevado a Blanco, García y Bellido y Maluquer a señalar la existencia de un Periodo Orientalizante, paralelo al de Etruria, Grecia y Cartago. Tartessos es este Periodo Orientalizante. En realidad, el fenómeno que se produce en todo el Mediterráneo entre los s. VIII-VI es una gran koiné circunmediterránea, una de cuyas provincias sería Tartessos, que ofrece algunas características que le diferencian de las otras regiones» (Blázquez 1968: 211).

Blázquez consideraba a Tartessos, al sintetizar la corriente generalizada, como una cultura indígena que recibiría el impacto oriental y concluye:

«Interpretamos, por consiguiente, el mundo tartésico, como el florecimiento de una población indígena ante la fuerte elevación del nivel de vida, al cual no serían ajenos, desde luego, los estímulos coloniales, mediterráneos». Pero, no obstante, añadía algo muy tradicional ya en la interpretación de la cultura tartésica desde los tiempos de Bonsor, el componente indoeuropeo, es decir, celta: «Junto a este estimulante orientalizante, debido en principio a los semitas, principalmente chipriotas y en menor grado a etruscos y posteriormente a griegos, que obra sobre el elemento indígena, fuertemente arraigado en el sur de la Península, cabe añadir quizás otros ingredientes de Tartessos, como el elemento indoeuropeo» (Blázquez 1968: 212).

Continúa Blázquez recogiendo etnónimos y topónimos citados en las fuentes que documentaban la presencia celta en Andalucía, tras lo que dice: «Estos célticos de la región andaluza conservaban todavía en época de Plinio sus costumbres y quizás penetraron en ella después de la caída de Tartessos, ya que continuamente hay razzias de lusitanos y celtíberos en el sur, por lo que la fecha de penetración de los nombres mencionados no es segura. La confirmación arqueológica de estas fuentes que hablan de celtas en el sur la ven algunos autores en las mencionadas necrópolis de túmulos de Setefilla, Acebuchal, Bencarrón, Alcantarilla, Cañada de Ruiz Sánchez, Alcores, Entremalo, la Cruz del Negro en Carmona y Huelva, por no mencionar más que las que han dado material de Periodo Orientalizante tartésico; túmulos aparecen también en Galera y Villaricos, que Cuadrado fecha en el s. VI. Ya Bonsor relaciona estos túmulos con la llegada de los celtas, y a Setefilla con Tartessos» (Blázquez 1968: 215-216).

Pero no se mostraba muy partidario de esta teoría al decir: «Cuadrado pone en relación los túmulos con empedrado tumular con la celtización del sudeste, pero los enterramientos de Carmona y Setefilla podían ser de origen mediterráneo; en particular las tumbas formadas por cuatro paredes de cantos, como en Carmona, recuerdan la estructura de las tumbas arcaicas del N. de África, baste mencionar la tumba n. 11 de Útica. Bonsor al describir las tumbas de Carmona habla de colonos agricultores venidos de África, pero, como han demostrado los estudios de Blanco, García y Bellido y Maluquer, y el propio Cintas admite, las personas enterradas en estas sepulturas son indígenas; este último autor ha llegado a escribir: «tout l'indique, les rites en particulier, et les objets que les Phéniciens n'auraient point mis Dans leurs tombeaux» (Blázquez 1968: 216).

En el mismo año de la publicación de la obra de Blázquez tuvo lugar, como es bien conocido, la celebración del V *Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular* en septiembre de 1968 en Jerez de la Frontera que abrió una nueva etapa en la historiografía tartésica, aunque en realidad no es sino la confirmación de los planteamientos que venían desarrollándose en años anteriores y que fueron determinantes en el enfoque de la investigación que se desarrollaría en años posteriores en la que presidió una acentuación sobre la investigación arqueológica en detrimento de la filológica, orientación que, como hemos visto, ya se había producido.

Un año después de la celebración de esta reunión científica se produjo un importante descubrimiento que está íntimamente relacionado con el tema que nos ocupa, la necrópolis de Medellín (Badajoz). Las primeras noticias de la necrópolis, excavada por Martín Almagro-Gorbea, se publicaron en 1971 y más extensamente, aunque no completamente, en 1977 (Almagro-Gorbea 1971; 1977a). Estos trabajos fueron muy importantes pues situaron a la necrópolis de la Cruz del Negro en un marco cultural muy concreto a la vez que Cruz del Negro, dada su ubicación geográfica en el corazón de Tartessos, se convirtió en un punto de referencia indiscutible (fig. 15).

Para Almagro-Gorbea la relación de la necrópolis de Medellín con Cruz del Negro era estrechísima: «Tras el examen general de los principales paralelos del rito que ofrece la necrópolis de Medellín, es evidente su gran semejanza con la de la Cruz del Negro y en algo menor medida con Acebuchal A-C y F y las necrópolis del Alentejo.

Todas estas necrópolis obedecen a un rito idéntico al que encontramos en Medellín pero que se ha de relacionar con el de Setefilla, Frigiliana y Rachgoun, y estos a su vez con el de otras necrópolis del Mediterráneo Occidental como la necrópolis arcaica de Motia, en Sicilia» (Almagro-Gorbea 1977a: 384).

Y más adelante concluye: «Dentro de este cuadro de las necrópolis de incineración en urna dentro de hoyo es evidente que el ritual de Medellín-Cruz del Negro debe interpretarse como plenamente indígena, tal vez incluso con características y [sic] locales entre las que es posible la existencia de algún influjo de los ritos de incineración de los pueblos incineradores de origen europeo, pues el detalle de la deposición de la urna en el mismo lugar de la cremación y asociada a un monumento más o menos tumuliforme tiene en dicho ámbito cultural claras manifestaciones y en todo caso tampoco se debe perder de vista su muy amplia divulgación en esta época por amplias zonas del Mediterráneo, incluida la misma

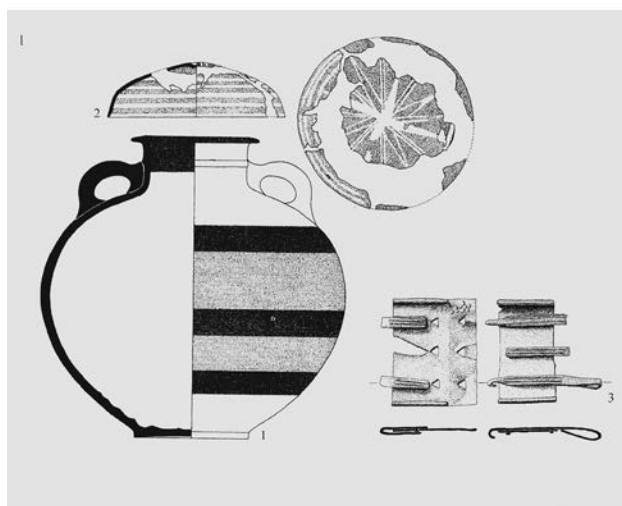
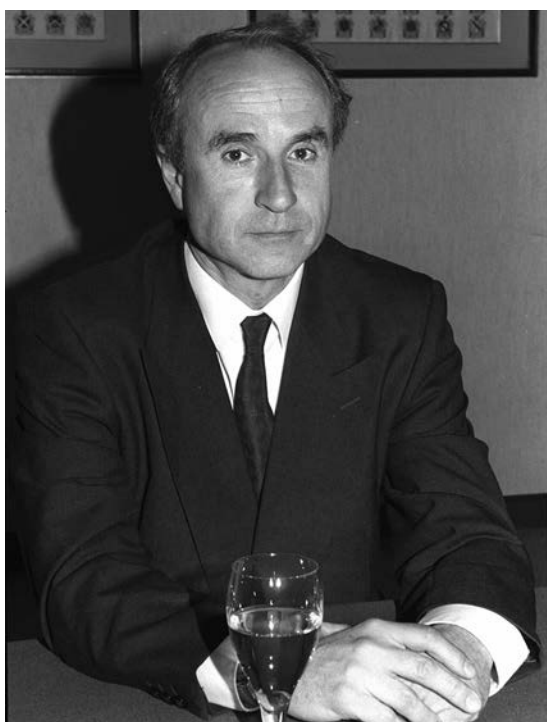


Figura 15. M. Almagro-Gorbea (Fototeca EFE), director de las campañas de excavaciones en la necrópolis orientalizante de Medellín, Badajoz, entre 1970 y 1986. Los ritos y materiales de esta necrópolis se relacionaron con la Cruz del Negro, por su gran similitud (s. Almagro-Gorbea *et al.* 2006).

Grecia. Este ritual indígena de Medellín y Cruz del Negro procede con toda seguridad de un ritual de incineración en urna dentro de hoyo característico de algunos grupos humanos de la llamada colonización fenicia que sin embargo predominantemente parece haber empleado otros varios ritos de enterramiento» (Almagro-Gorbea 1977a: 386).

Para Almagro-Gorbea el rito de estas necrópolis procedía del Mediterráneo Oriental y fue asumido gradualmente desde Motia y pasó a Rachgoun y de aquí a Frigiliana, Setefilla y Huelva, según los tipos de materiales empleados en el ritual que caracterizaban a unas y otras.

En parte algunos de los aspectos y relaciones culturales planteados por Almagro-Gorbea ya habían sido expuestos por otros autores, especialmente por A. Blanco, M. Tarradell y A. Arribas, como hemos visto. Ambas necrópolis son clasificadas como

indígenas en cuanto a su rito en el que observa una cierta influencia europea, pero étnicamente fenicias o de gentes relacionadas con la colonización. En cualquier caso, M. Almagro-Gorbea fue el primero en atribuir la necrópolis de la Cruz del Negro al Periodo Orientalizante pleno, según la periodización que proponía en el mismo tomo de su obra al que se incorporó la memoria sobre la necrópolis y que supuso una novedosa aportación por lo que ha sido considerada un punto de referencia indiscutible para la historiografía tartésica en general y la de Extremadura en particular, *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura* (Almagro-Gorbea 1977a), ya que en ella expuso la primera propuesta de una periodización seria del Orientalizante realizada con criterios plenamente arqueológicos y que fue válida para la protohistoria del suroeste peninsular y con la que se abrió realmente un nuevo periodo

caracterizado por un nuevo marco teórico que concebía la Arqueología de un modo más integral con especial atención a la economía y la sociedad.

Desde este momento, y prácticamente hasta el inicio de las excavaciones en 1989, la Cruz del Negro fue considerada una necrópolis tartésica correspondiente a su Periodo Orientalizante.

## 6. LA NUEVA ARQUEOLOGÍA: LA CRUZ DEL NEGRO, NECRÓPOLIS TARTÉSICA

La introducción en España de la llamada «Nueva Arqueología» se aceleró durante la época de la Transición a partir de la cual se adoptaron y pusieron en práctica, sobre todo, los métodos y modelos teóricos de la arqueología anglosajona y norteamericana, frente a los de la escuela alemana hasta entonces imperantes, que contrajo una renovación que tuvo importantes consecuencias en el enfoque del estudio de la cultura tartésica y del colonialismo fenicio, ya que se comenzó a situar el acento de la investigación en los procesos de aculturación e interacción como principal mecanismo para estudiar este complejo proceso cultural. Ello supuso la aceptación previa de dos bloques definidos arqueológicamente e interactivos. Un mundo indígena tartésico, deficientemente conocido desde el punto de vista material en líneas generales, sobre cuyos orígenes se discutió mucho –y aún se sigue discutiendo–, que fue el que experimentó el proceso de aculturación, y de un componente fenicio, cada vez mejor conocido arqueológicamente y claramente individualizado del cartaginés o púnico, llamado fenicio arcaico, que supuso una verdadera revolución, no sabríamos decir en qué grado, pues aún vivimos sus consecuencias historiográficas, en el estudio de la protohistoria peninsular. No es nuestra intención entrar aquí en analizar las consecuencias historiográficas de estos planteamientos que han marcado la investigación más reciente, aunque sí nos referimos a ellos cuando el contexto historiográfico en relación al tema que nos ocupa lo requiera.

En 1980 se celebró una reunión en Huelva en la que bajo el título de *Jornadas Arqueológicas sobre colonizaciones orientales*<sup>34</sup> se adoptaron una serie de principios, algunos de ellos ya planteados, en un afán de consensuar criterios y que reflejan bastante bien, a nuestro modo de ver, el estado de la

investigación en aquellos momentos. Se adoptó el concepto de *bronce final tartésico*, es decir, se reconoció la existencia del Tartessos precolonial –también denominado protoorientalizante– y de una segunda fase que se denominó Tartésico Pleno, es decir, el *Orientalizante*. Se reconoció asimismo la existencia de distintas áreas geográficas, un territorio *nuclear* de Tartessos que se circunscribía al Bajo Guadalquivir y Huelva, y otro denominado *hinterland* o zona de intensa influencia tartésica, con centros principales en Medellín y Cástulo, es decir, en la baja Extremadura y la Alta Andalucía. También se consolidó la idea que la cultura turdetana era la legítima heredera de la cultura tartésica. Ciertamente, estos principios ya estaban asumidos desde tiempo atrás, de una forma u otra, y tan solo, digámoslo así, faltaba ponerlo por escrito. Básicamente el esquema así dibujado fue aceptado por la mayor parte de los investigadores y es desde el que se ha abordado la investigación desde aquellos años hasta la actualidad.

Era pues lógico que se abordara la relectura de los antiguos datos de las viejas y míticas excavaciones del Bajo Guadalquivir, el área nuclear de Tartessos, por parte de jóvenes investigadores. Uno de estos jóvenes investigadores fue María Eugenia Aubet, discípula de Juan Maluquer, quien llevó a cabo una revisión de los yacimientos y materiales en los que trabajó Bonsor y especialmente de la necrópolis de la Cruz del Negro que marcan un hito particular en la historiografía de la necrópolis carmonense.

En un viaje de estudios a Sevilla, la entonces directora del Museo Arqueológico, Concepción Fernández Chicarro, le propuso que llevara a cabo excavaciones en Setefilla. Ciertamente, desde el fallecimiento de Bonsor se había trabajado muy poco en la provincia de Sevilla y las excavaciones de Raddatz y Carriazo se habían quedado en cierto modo anticuadas. Aubet aceptó la propuesta y emprendió la reexcavación de la necrópolis de Setefilla en 1973 y 1975, en la que habían trabajado J. Bonsor y R. Thouvenot a finales de los años veinte, y obtuvo resultados sorprendentes (Aubet 1981). Setefilla se convirtió así en la primera necrópolis tartésica excavada con una técnica moderna y objetiva lo que le permitió revisar los antiguos materiales con una guía más o menos segura (fig. 16). Pero debemos también tener en cuenta las excavaciones de La Joya, de Frigiliana y sobre todo de Medellín, además de las de Trayamar y Almuñécar.

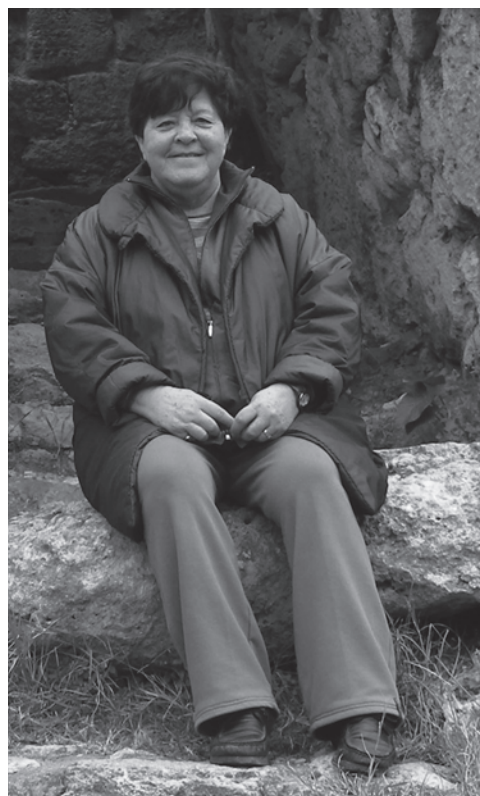
Sin duda, la toma de contacto directo con la arqueología del Bajo Guadalquivir activó el interés de Aubet por la figura de J. Bonsor y sus trabajos, que sin duda conocía, ya que había trabajado con anterioridad sobre el mundo Orientalizante y en el que

34. Los ponentes fueron: Manuel Fernández Miranda, Mariano del Amo, María Belén, Manuel Pellicer, María Eugenia Aubet, Hermanfrid Schubart, Hans Georg Niemeyer, Oswaldo Arteaga, Jesús Valiente, José María Blázquez y Manuel Bendala, aunque también intervinieron en los debates José María Luzón, Antonio Tejera y Diego Ruiz Mata entre otros.





Figura 16. La necrópolis de Setefilla (Lora del Río) fue excavada en 1926-27 por el propio Bonsor, quien aparece en la foto de la izquierda tomando notas, sentado en la cámara del túmulo A. Su reexcavación por M. E. Aubet dentro del Programa de Investigaciones Protohistóricas, cincuenta años después, reavivó el interés por los estudios sobre las culturas prerromanas del Guadalquivir (fotos Fondo Bonsor, Archivo General de Andalucía y archivo personal M. E. Aubet).



siguió trabajando en años posteriores con gran fruto. Así, pudo también visitar entonces la colección de J. Bonsor en el castillo de Mairena de Alcor, que aún conservaba intacta su viuda Doña Dolores Simó Peñalver, y contemplar sus diarios de excavación y los materiales arqueológicos. A partir de entonces Aubet inició un estudio sistemático de los materiales más importantes, sobre todo los orientalizantes, de las excavaciones de J. Bonsor y especialmente los conservados en Nueva York en la colección de The Hispanic Society of America, por los que nadie, salvo casos puntuales, había mostrado especial interés por estudiarlos ni en conjunto ni sistemáticamente.

Desde un primer momento llamó su atención la necrópolis de la Cruz del Negro, ya que era la que presentaba mayor número de materiales de estilo fenicio y otros que eran considerados indígenas. A ella, pues, dedicó sus primeros trabajos en la revisión y reinterpretación de los materiales de las necrópolis de Los Alcores, unos materiales que, como hemos indicado, no habían sido nunca publicados.

Debemos también señalar que Aubet mostró un gran respeto por los trabajos de Bonsor y de su labor científica que acabó con la visión negativa difundida del arqueólogo anglofrancés por otros investigadores como hemos visto.

El primero de sus trabajos sobre la necrópolis de la Cruz del Negro estuvo dedicado a la cerámica a

torno, en un artículo publicado en la revista *Ampurias* en 1976 en un número en el que se recogían las actas del *Simposi internacional El origen del mon iberic* titulado «La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)». En este trabajo Aubet proporcionó una nueva visión sobre esta necrópolis de la antigua *Carmo*. Señalaba, como era ya evidente en aquellos momentos, las semejanzas del ritual empleado con el observado en las necrópolis de Rachgoun, Frigiliana y Setefilla. También señalaba la influencia que un tipo cerámico, conocido entonces como ánfora de cuello, había tenido en la cerámica ibérica, que ya había sido señalado por Blanco y Maluquer en necrópolis ibéricas de la provincia de Jaén. Este vaso había sido utilizado con cierta frecuencia como urna en la Cruz del Negro, pero como bien indica la autora no había sido apenas estudiado, –recordemos el artículo de Blanco– ya que la mayoría de los ejemplares permanecían aún inéditos. Este artículo de Aubet sobre la cerámica a torno se puede considerar el primer estudio científico de este tipo cerámico que desde ahora se conoce como «urna tipo Cruz del Negro», aunque en realidad se trata de un ánfora<sup>35</sup>.

35. La asimilación de esta denominación, que se mantiene aún hoy en día, fue rápida; véase el artículo de C. Aranegui «Contribución al estudio de las Urnas de tipo Cruz del Negro», *Saguntum* 15, 1980,

Una de las contribuciones principales que se desprendieron de su análisis de la necrópolis es la distinción de dos grupos de materiales, unos que consideró importaciones fenicias<sup>36</sup> y otros que consideró de clara tradición local o indígena, que es lo que le llevó a calificarla como una necrópolis tartésica. Esta es la opinión que ha prevalecido en los últimos años en líneas generales, aunque algunos investigadores la consideren hoy, como ya la consideraban entonces, una necrópolis fenicia. Así se expresaba en aquellos días la arqueóloga catalana: «El hecho más sobresaliente de estos ajuares lo constituye, evidentemente, la elevada proporción de cerámicas fenicias, tanto es así, que en repetidas ocasiones la necrópolis de la Cruz del Negro ha sido considerada como un verdadero yacimiento fenicio-púnico. No obstante, resulta asimismo evidente que se trata de una necrópolis característica del bajo Guadalquivir y, en consecuencia, típicamente tartésica» (Aubet 1976: 270). Desestimó, por tanto, la posibilidad de atribuir la necrópolis a los fenicios, pese al número tan alto de materiales orientales, y afirma que es tartésica porque está enclavada en el Bajo Guadalquivir. Más adelante aclara esta atribución: «El mismo ritual funerario, descrito más arriba, la presencia en la necrópolis de varias urnas cinerarias hechas a mano y acabadas mediante la doble técnica de superficie bruñida en el cuello y superficie rugosa en el cuerpo, los objetos de bronce y hierro que acompañan a las urnas, todo, en suma, denota una facies cultural claramente tartésica y local». Aclaraba que el elevado número de importaciones fenicias, que compara con El Carambolo, respondía al poder adquisitivo de la población local. En definitiva, consideró que la necrópolis de Cruz del Negro era una necrópolis tartésica y en ningún caso fenicia, ya que la presencia de estos se restringía exclusivamente a la costa y sus necrópolis y rituales funerarios eran sensiblemente diferentes, como habían puesto en relieve las excavaciones de la necrópolis de Trayamar, que fue por entonces publicada (Schubart y Niemeyer 1976).

Un último aspecto que debemos señalar es el que Aubet consideró que el ánfora de cuello era un elemento típicamente tartésico, ya que su forma aparecía casi exclusivamente en el Bajo Guadalquivir –de

nuevo el argumento de territorialidad– y, por otra parte, era una forma poco usual en Oriente salvo en Chipre. Tanto es así que ya en este artículo llegó a plantear que Rachgoun, más que yacimiento fenicio, podría considerarse un enclave tartésico<sup>37</sup>, como años después publicaría, tanto por la presencia de ánforas de cuello pintadas utilizadas como urnas como por el ritual funerario, que ciertamente son muy semejantes. No obstante, la idea no era original de Aubet sino que ya la había sugerido M. Tarradell años antes.

Aubet propuso para los materiales estudiados, en los que se incluyeron también dos botellas y varias lucernas, una cronología del siglo VII-VI a. C.

A este estudio le siguió un segundo dedicado a los marfiles procedentes de la necrópolis, que es con el que dio inicio a la serie de trabajos que aparecerían sucesivamente sobre los marfiles del Bajo Guadalquivir, lo que indica la importancia que atribuía a la Cruz del Negro.

En el trabajo sobre los marfiles de Cruz del Negro no añadió nada particularmente nuevo sobre las características de la necrópolis y su adscripción cultural. No obstante, como señala Aubet, lo más importante fue que como consecuencia del descubrimiento de los marfiles del santuario de Hera en Samos, como hemos indicado, que se relacionaron con los de la Cruz del Negro y proporcionaron una cronología del 640-630 a. C. o incluso un poco anterior, de lo que era fácil deducir que los ejemplares de la Cruz del Negro, considerados hasta esos momentos como los más tardíos de la serie de Los Alcores tanto por Bonsor como por Blanco Freijeiro, debían de corresponder a esta misma época. Este hecho proporcionaba una cronología a la necrópolis muy superior a la que hasta entonces se había considerado –y por extensión a todas las de Los Alcores– que, además, encajaba con las fechas que se deducían de los análisis previos de las cerámicas a torno. La Cruz del Negro pasó definitivamente a ser catalogada como una necrópolis tartésica. Del exhaustivo análisis de estas piezas dedujo Aubet que «los marfiles de la Cruz del Negro son obra de un taller fenicio local o, mejor aún, de un taller fenicio provincial radicado en extremo Occidente» (Aubet 1979: 66), y en concreto en el Bajo Guadalquivir.

Quedaba así demostrado que las necrópolis de Los Alcores y de Setefilla eran tartésicas porque estaban en el territorio que la tradición asignaba, y la

99-115. M. Almagro-Gorbea en su estudio de la necrópolis de Medellín, que apareció al mismo tiempo que el de Aubet, ya empleaba también la denominación para este vaso «tipo Cruz del Negro».

36. Apenas tres o cuatro años antes, Aubet aún utilizaba la terminología tradicional en los títulos de sus trabajos: «Los hallazgos púnicos de Osuna» (Aubet 1971) y «Materiales púnico-tartésicos de la necrópolis de Setefilla en la Colección Bonsor» (Aubet 1973).

37. No emplea el término «tartésico», sino que dice «...facies cultural indígena "orientalizante" propia del Bajo Guadalquivir y Huelva».

arqueología confirmaba, a Tartessos y, por lo tanto, eran tartésicos los habitantes que recibieron el impacto aculturador de los fenicios, quienes, según la tesis tradicional, estaban asentados en sus factorías costeras en las actuales provincias de Málaga y Granada, además de en *Gadir*, la colonia madre de todas ellas. Esta era la misma hipótesis que había planteado M. Almagro-Gorbea al estudiar la necrópolis de Medellín, aunque esta última estaba ubicada en la periferia o hinterland del territorio propiamente tartésico.

Estas ideas serían aún explicitadas con mayor claridad en su trabajo: «La aristocracia tartésica durante el Periodo Orientalizante», publicado en 1984. En él subrayaba que el Orientalizante es la cultura tartésica de los siglos VIII-VI a. C. aunque, no obstante, más que un fenómeno orientalizador se trataba de un fenómeno oriental, debido a la exclusiva influencia fenicia. Advertía asimismo que el rito funerario tartésico predominante lo constituía la «incineración en urna depositada en pequeñas fosas cavadas en el suelo», como también había propuesto M. Almagro-Gorbea. En ocasiones, estas sepulturas formaban auténticos «*Urnenfelder*», como en la Cruz del Negro, en las que se advierten ciertas diferencias de riqueza, según se utilicen urnas de fabricación fenicia, cerámica de producción local hecha a mano o, excepcionalmente, urnas de bronce que imitan prototipos cerámicos» (Aubet 1984: 447). El trabajo, no obstante, como indica el título, estaba más orientado a presentar varias tumbas aristocráticas que denomina «principescas» y no analizar este tipo de necrópolis que, en cualquier caso, no son individualizadas respecto a los túmulos.

Poco tiempo después, en un congreso celebrado en Amalfi en 1983 y publicado tres años después, Aubet confirmaba rotundamente el carácter tartésico de la urna Cruz del Negro: «De todo lo dicho hasta aquí se infiere que la urna pintada de tipo Cruz del Negro constituye uno de los elementos de cultura material más representativos de las necrópolis tartésicas e indígenas del Periodo Orientalizante y, en particular, de aquellos yacimientos especialmente ricos en importaciones fenicias, lo que permitiría deducir que se trata de una importación fenicia procedente de la costa o de un taller oriental implantado en el Bajo Guadalquivir. Y sin embargo, esta forma cerámica es sumamente rara en las colonias fenicias arcaicas» (Aubet 1986: 113).

No solo este elemento cerámico, sino que también el ritual funerario al que denomina «tipo Cruz del Negro», es presentado como típicamente tartésico, ya que: «El método de enterramiento observado en la Cruz del Negro, considerado en otro

tiempo un rito excepcional y único [esta era la opinión que Arribas manifestó en su artículo sobre la necrópolis de Frigiliana], constituye en realidad el modelo habitual de los tres grandes complejos funerarios conocidos hasta hoy en el área tartésica: el de los Alcores de Carmona, el de la Joya y el de Setefilla» (Aubet 1986: 117).

Las razones aducidas para establecer esta clasificación de la necrópolis de la Cruz del Negro eran las siguientes:

1. este modelo funerario no tiene paralelos directos en el área fenicia hispana de los siglos VIII-VI a. C.
2. sus precedentes culturales y formales inmediatos se encuentran en una facies local de los Campos de Urnas del Bronce Final del sur y sudeste hispanos, representada por las incineraciones de Almería (Caldero de Mojácar, Qurénima, Barranco Hondo), de Murcia (Parazuelos) y Alicante (Peña Negra de Crevillente), todas ellas fechadas en los siglos IX-VIII a. C.

No deja de ser sorprendente que estableciera el origen del rito de incineración en los Campos de Urnas, pues de alguna forma renovaba la vieja teoría celto-fenicia que, por otra parte, defendía su maestro y mentor Juan Maluquer de Motes y antes grosso modo también había planteado Jorge Bonsor y que otros autores como Martín Almagro Basch también habían defendido.

Así llegaba a la conclusión general de un planteamiento inspirado en la teoría del *Círculo del Estrecho*, planteada por Miguel Tarradell en los años sesenta (Tarradell 1967), como reconoce su autora: «El carácter hispánico que revisten los hallazgos de Mogador y Rachgoun ya fue insinuado hace tiempo, al comprobarse que los elementos de su cultura material escapaban a las pautas culturales características del mundo fenicio occidental, representado por Cartago, Útica y Almuñécar. Esta idea cristalizó en los años 60 en el concepto del llamado «Círculo del Estrecho», formulado acertadamente por Tarradell para explicar manifestaciones culturales, comportamientos y ritos funerarios púnicos de carácter «aberrante» en relación con el foco Cartago-Útica. En este concepto se consideró a Rachgoun como un yacimiento relacionado con un grupo hispano-fenicio, esto es, gaditano.

En la actualidad es posible matizar y ampliar esta hipótesis, al disponerse de más información al respecto. Así, resulta evidente que el método de enterramiento de Rachgoun atiende a unas pautas culturales propias del foco cultural del Bajo Guadalquivir-Tartessos, en la medida en que sus rasgos rituales y funerarios no difieren en absoluto de los



de las necrópolis tartésicas o de influencia tartésica (Cruz del Negro, Acebuchal, Setefilla, La Joya, Medellín, Frigiliana o Peña Negra). Rachgoun corresponde, en una palabra, al área cultural del mundo indígena andaluz y a un periodo, el Orientalizante, en el que se constata entre las comunidades tartésicas un importante relanzamiento cultural, socioeconómico e incluso político. Los siglos VII-VI a. C. coinciden en este sentido con el momento de máxima expansión territorial de la cultura tartésica hacia Portugal, Extremadura y Alta Andalucía. No estamos, en consecuencia, ante una población pasiva, receptora o simplemente aculturada, tal como se la consideró hasta hace unos años, sino que, por el contrario, los centros tartésicos son los principales beneficiarios, impulsores y aliados del comercio de metales desarrollado por las colonias fenicias de la costa. No resulta fácil calibrar la importancia de la participación del estamento indígena en el tráfico comercial fenicio de Occidente, pero hallazgos como los de Rachgoun probarían su intervención directa en estas actividades marítimas» (Aubet 1986: 1289-1290). Hoy en día la autora no defiende estas hipótesis.

Las hipótesis de M. E. Aubet cosecharon una amplia aceptación. Pero además de sus trabajos se llevaron a cabo otras investigaciones inspiradas por una parte en una tradicional estadística de los yacimientos arqueológicos y por otra en el marco de la «nueva arqueología», al dotarlo de un carácter de análisis territorial, estudios a los que entonces se denominaba «arqueología espacial», entre los que cabe destacar los de Fernando Amores. Manuel Pellicer, catedrático de Prehistoria de la Universidad de Sevilla, fue sin duda el promotor de estas investigaciones al llevar a cabo la elaboración sistemática de la carta arqueológica de la provincia de Sevilla, en la que se enmarca el trabajo de F. Amores, uno de sus colaboradores, a quien correspondió la de la región de Los Alcores (Amores 1982). Ambos también acometieron en 1980 nuevos cortes estratigráficos en Carmona que mejoraron sustancialmente la secuencia cultural de Carmona de Raddatz y Carriazo (Pellicer y Amores 1985).

F. Amores esbozó, en el marco de sus estudios de territorio, la dinámica del poblamiento durante el Periodo Orientalizante, del que ofreció un avance en un artículo publicado en la revista *Habis* (Amores 1979) y más completo en la publicación de la carta arqueológica (Amores 1982). Por lo que respecta a Cruz del Negro sigue fundamentalmente las hipótesis de M. E. Aubet.

Pocos años después, y bajo la dirección de Manuel Pellicer también, Juan Carlos Jiménez Barrientos

elaboró su tesina de licenciatura sobre la necrópolis con el título «La necrópolis orientalizante de la Cruz del Negro», que fue leída en diciembre de 1986, pero que ha quedado inédita. No obstante, publicó un análisis sobre las tumbas de inhumación registradas en la necrópolis en un artículo titulado «Aspectos rituales funerarios de la necrópolis de la Cruz del Negro, Carmona (Sevilla)», en el que confirmaba el carácter orientalizante tartésico de la necrópolis (Jiménez Barrientos 1990: 215-222).

Otros estudios en los que se analizaba principalmente la cultura material de la necrópolis vinieron a confirmar esta adscripción (Remesal 1977; Cerdeño 1981; Ruiz Delgado 1986b; Storch 1989a) que fue la hipótesis comúnmente admitida, incluyéndose en el grupo de las necrópolis tartésicas (Ruiz Delgado 1986).

## 7. FENICIOS EN LA CRUZ DEL NEGRO

No obstante, en estos mismos años del primer lustro de los ochenta, se plantearon otros puntos de vista que partían igualmente de los postulados de la «nueva arqueología» y del estudio de los procesos de aculturación.

En efecto, Jaime Alvar en su trabajo *La navegación prerromana en la Península Ibérica; colonizadores e indígenas* (1981) y, poco después Carlos González Wagner en *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos* (1983a), plateaban un enfoque distinto sobre la presencia fenicia en la península ibérica, en los que defendían la existencia de una auténtica colonización, además de la tradicional hipótesis comercial y que esta colonización había tenido un claro carácter agrícola en el Bajo Guadalquivir, como ya Bonsor había planteado, aunque ellos siguieron la propuesta planteada por C. R. Whitaker (1974). No solo cuestionaban la hasta entonces tradicional visión sobre el carácter de la presencia fenicia en la península ibérica, sino el llamado Periodo Orientalizante e, incluso, González Wagner planteaba la inexistencia de un estado tartésico anterior a la presencia fenicia, que considera como una confederación de tribus preurbana. Si bien es cierto que sus propuestas no tuvieron excesiva recepción, ambos investigadores desarrollaron independientemente o conjuntamente en años sucesivos la hipótesis de la colonización agrícola de forma teórica en varios artículos (González Wagner 1983b; 1986; Alvar y González Wagner 1988; González Wagner y Alvar 1989) en los que precisamente la necrópolis de la Cruz del Negro, entre otras, jugaba un papel determinante (fig. 17).





Figura 17. Jaime Alvar, Carlos G. Wagner, María Belén y J. Luis Escacena, promotores y defensores de la hipótesis fenicia.

En efecto, en estos trabajos cuestionaban la caracterización de Aubet de la necrópolis de la Cruz del Negro como tartésica, al considerar, en el marco de una interpretación global de la aculturación fenicia en Tartessos, que Cruz del Negro era necrópolis de una comunidad fenicia instalada en Carmona, es decir, en el interior del Bajo Guadalquivir, lo que demostraría la existencia de un proceso de mestizaje y aculturación consecuencia de una colonización interior, hasta ese momento no sopesada:

«Parece, por tanto, que existe base suficiente para sospechar la existencia de una colonización interior relacionada con un segundo modelo de comportamiento colonial hasta el momento no considerado y que se localiza principalmente a lo largo del Bajo Guadalquivir, más concretamente en Sevilla, aunque con manifestaciones aisladas en la costa, como es el caso de Frigiliana, y que en estrecho contacto e incluso mestizaje con el sustrato autóctono local explica más adecuadamente la adopción por parte de este último de una serie de manifestaciones culturales que no pueden proceder de los asentamientos fenicios establecidos en la costa por la sencilla razón de

que no son característicos de ese entorno colonial. Resulta obvio, por consiguiente, que el segundo modelo colonial detectado, caracterizado por toda una serie de elementos como son los marfiles, jarros de bronce, determinados tipos cerámicos como las ánforas globulares o el mismo rito de incineración, se distingue por un tipo de comportamiento distinto, lo que implica resultados también diferentes, como consecuencia de motivaciones asimismo dispares a las tradicionales consideraciones de carácter prioritariamente comercial» (González Wagner 1986: 148-149).

La hipótesis, si no tuvo entonces, como hemos señalado, mucha aceptación, ha ganado cuerpo, como los buenos vinos, en los últimos tiempos en los que la arqueología, más por casualidad fruto de excavaciones de urgencia que por otra cosa, ha suministrado en la provincia de Sevilla serios indicios de la presencia fenicia en el interior.

## 8. CONCLUSIONES

La necrópolis de la Cruz del Negro fue descubierta a finales de 1869 y, tras varias intervenciones

desordenadas en el yacimiento, fue excavada y dada a conocer a la comunidad científica por el arqueólogo anglofrancés radicado en Carmona Jorge Bonsor. Bonsor excavó la necrópolis en dos fases diferenciadas en 1898-1899 y en 1900-1905, aunque solo publicó los resultados de su primera campaña, que han sido por los que la necrópolis ha sido conocida prácticamente hasta fechas recientes en que se han podido conocer los resultados de sus campañas en el primer lustro del siglo xx (Maier 1992), lo cual, por otra parte, nos ha permitido conocer más completamente la evolución de su pensamiento en la caracterización cultural de la necrópolis.

Tras su primera campaña de excavación, Bonsor atribuyó la necrópolis a los libio-fenicios asentados por los cartagineses en una segunda fase de la colonización agrícola en el valle del Guadalquivir. En esta decisión tuvieron cierta relevancia las indicaciones del arqueólogo francés Salomón Reinach y la idea, entonces imperante, de que los fenicios eran inhumadores y no incineradores, además de la atribución de ciertos materiales, como los huevos de avestruz y los marfiles a la órbita cultural de Cartago, por lo que propuso situar la cronología de la necrópolis entre el siglo vi y el comienzo de la segunda guerra púnica.

En años posteriores, modificó ligeramente su esquema, al considerar que los materiales a mano debían de corresponder a los celtas que invadieron Andalucía, según transmitían las fuentes, por lo que consideró que se trataba de una necrópolis celto-púnica. La hipótesis fue confirmada por el arqueólogo francés Joseph Déchelette, quien además quiso ver en las tumbas de Los Alcores la expansión más meridional de los celtas en Europa. No obstante, se deduce que Bonsor atribuía la necrópolis a los turdetanos que participarían de una doble influencia cultural y mantuvo la cronología propuesta en principio, ya que siempre consideró a Cruz del Negro un tipo de necrópolis definido, posterior a las tumbas tumulares, como pudo comprobar al excavar la necrópolis del Camino de Gandul de idénticas características, en 1902, que, sin embargo, nunca fue publicada.

A partir de 1918, Jorge Bonsor participó activamente en la búsqueda, planteada por Adolf Schulten, de la ciudad de Tartessos y de su cultura. Bonsor, al contrario que Schulten, fue el primero en definir la cultura material de Tartessos y asociar las necrópolis y asentamientos del Bajo Guadalquivir y Huelva con esta cultura. Cruz del Negro, no obstante, representaría la fase final de la cultura tartésica, dominada entonces por los cartagineses y los celtas, que

fueron no obstante expulsados por los primeros del valle del Guadalquivir.

Poco antes de la guerra civil, P. Bosch Gimpera y L. Pericot consideraban que Cruz del Negro era una necrópolis indígena, es decir, turdetana, con materiales de importación cartagineses. Esta idea prevaleció en los años inmediatos al conflicto, y fue asumida, entre otros, por A. García y Bellido. Sin embargo, M. Almagro Basch, retomando la hipótesis de Déchelette, consideró que Cruz del Negro era una necrópolis céltica y la relacionó con el periodo de Hallstatt D. La atribución de ciertos materiales a los celtas fue una idea que prevaleció durante bastante tiempo entre los investigadores españoles y algunos extranjeros.

Con la definición del *orientalizante* y la reorientación de la investigación con la aceptación de la hipótesis de que la cultura tartésica era el Periodo Orientalizante, los materiales hasta entonces considerados cartagineses pasaron a ser valorados como objetos manufacturados por los fenicios peninsulares, especialmente los marfiles y las urnas globulares, así como las fíbulas y los broches de cinturón fueron considerados tartésicos, aunque aún se atribuía una baja cronología a la necrópolis. En este sentido, conviene destacar el hallazgo de los marfiles del heraión de Samos, que pudieron ser bien fechados hacia el 640-630 a. C. y que se relacionaron directamente con los de Cruz del Negro, al mostrar unos y otros evidentes analogías. El hallazgo, no obstante, no tuvo repercusiones inmediatas.

La intensificación de las excavaciones en el Mediterráneo central y el norte de África y, especialmente, en la península ibérica, ampliaron notablemente el conocimiento de la arqueología de los fenicios occidentales y por extensión de la arqueología de Tartessos. En líneas generales, se llegó a la conclusión que los establecimientos fenicios se circunscribían exclusivamente a las factorías costeras, mientras que el interior correspondía a la cultura tartésica que se identificó con el *orientalizante*.

Al margen de los trabajos que entonces se llevaron a cabo sobre el posible origen de la cultura tartésica la aceptación de un Periodo Orientalizante en su desarrollo cultural fue un hecho asumido ampliamente. Así, Cruz del Negro pasó a ser considerada no solo una necrópolis característica de este periodo, sino que fue considerada una necrópolis esencialmente tartésica. En esta definición, que ha sido aceptada sin reservas hasta fechas muy recientes, fueron definitivos los trabajos que llevó a cabo M. E. Aubet sobre diversos materiales de la necrópolis, especialmente las urnas a torno, que desde entonces

adoptaron la denominación de «urnas Cruz del Negro», de los marfiles, así como del ritual funerario y propuso una cronología del VII-VI a. C. para la necrópolis. A ello contribuyó también de forma determinante el hallazgo y excavación de la necrópolis de Medellín (Badajoz) por M. Almagro-Gorbea.

A comienzos de la década de los ochenta otros investigadores, entre los que cabe destacar a Jaime Alvar y Carlos González Wagner, consideraron, al plantear en el marco del estudio y comprensión de fenómenos de interacción cultural en el mediodía peninsular, la existencia de una auténtica colonización fenicia en la península ibérica con una clara orientación agrícola, que en la necrópolis de la Cruz del Negro correspondía a una comunidad de fenicios asentados en el interior de Andalucía, idea que ha ido ganando adeptos en los últimos años.

Ciertamente, los más recientes hallazgos que se han producido en la provincia de Sevilla en la propia Carmona, en Coria del Río y en el Carambolo parecen apuntar a que la hipótesis planteada por Alvar y

González Wagner cobre de nuevo relevancia, como ya algunos investigadores, entre los que cabe destacar a María Belén y José Luis Escacena (fig. 17), vienen reivindicando hace algunos años. De todo ello se podrán desarrollar nuevos planteamientos y se llegarán a nuevas conclusiones, pero, no obstante, creemos que el más urgente es revisar el concepto de orientalizante, un término que hoy por hoy debe ser matizado, e incluso replanteado.

En cualquier caso, los resultados e interpretación de las últimas excavaciones desarrolladas en este emblemático yacimiento de la protohistoria andaluza tendrán, como siempre, la última palabra.

### **AGRADECIMIENTOS**

Deseo expresar mi agradecimiento a M. Almagro-Gorbea, M. E. Aubet, J. Alvar, C. G. Wagner, M. Belén y J. L. Escacena por haber proporcionado algunas de las fotografías de sus archivos familiares o personales que ilustran este trabajo.